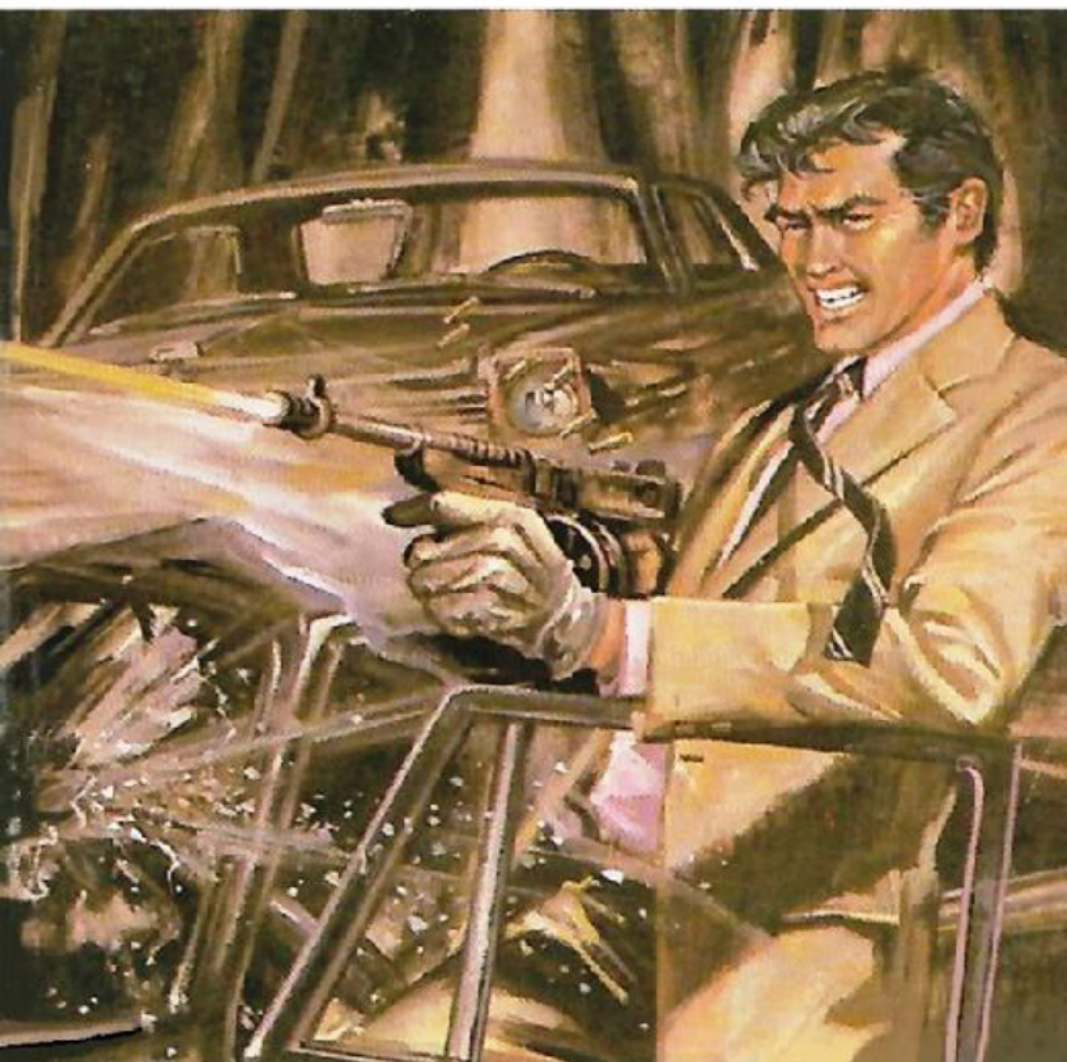
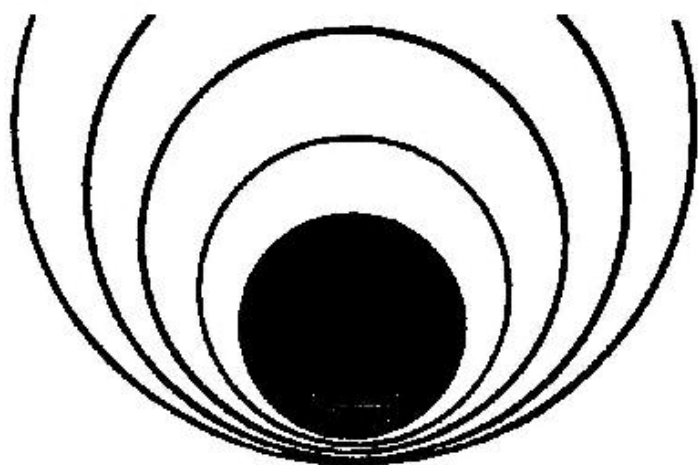


**YO VOLVI
DEL MAS ALLA**

Rocco Laser





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.**

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

598 — Días de pánico.

En Colección CALIFORNIA:

1.395 — Un gun-man en el convento.

En Colección COLORADO:

495 — Llegó un rural.

En Colección BRAVO OESTE:

302 — Infierno de oro.

En Colección KANSAS:

1.307 — Asesinos del amanecer.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.722 — La feria de los espías.

En Colección PUNTO ROJO:

1.095 — Cuatro damas y un sabueso.

ROCCO LASER

YO VOLVI DEL MAS ALLA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.119
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 29.158-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: octubre, 1983
1.ª edición en América: abril, 1984

© Rocco Laser - 1983
texto

© Garda - 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

“Se necesiten dos hombres de pelo en pecho, muy valientes, audaces, dispuestos a todo. Ganarán quinientos dólares. Abstenerse medianías. Oficina de Gestiones Generales. Calle Principal, 28. Vengan armados.”

Rex Carter volvió a leer el anuncio en el periódico cuando se hallaba justo ante la puerta de la Oficina de Gestiones Generales.

Tenía veintiocho años, era moreno, muy alto y de facciones correctas. Su aspecto era duro, aunque simpático.

Arrojó el periódico atrás, pero no cayó en el vacío. Un anciano de sesenta años, con aspecto de ratón, atrapó el diario en el aire e inquirió:

— ¿Entramos, Rex?

—Ese trabajo es para nosotros, Jerry.

—Estamos sin un centavo. Conque hay que conseguirlo.

—Deja que hable yo.

—Sí, Rex. Tú tienes mucha clase.

El joven Rex empujó la puerta de la Oficina de Gestiones. Era un recinto que olía a muebles viejos.

Lo que contenía era muy vetusto, desvencijado, lleno de mugre y polvo. Asomó la cabeza y dijo:

—¿Hay alguien en esta pocilga?

La penumbra envolvía el despacho, pero dejaba ver un sujeto rubio detrás de un escritorio.

—Si vienen a pedir limosna, vuelvan el viernes. Rex apretó los labios.

—Queremos el trabajo que ofrecen en el anuncio. El rubio se removió en su sillón del escritorio.

—¿Trabajo? —masculló. Rex penetró en el tugurio.

Ladeó la cabeza y silbó hacia el anciano.

Este lanzó el ejemplar de La Voz de la Costa en dirección al tipo del escritorio, quien lo cazó con un pase en el vacío.

—Muevan las piernas hacia dentro, muchachos. Ya recuerdo lo del anuncio.

Rex y Jerry se apoyaron en la puerta y la cerraron.

El rubio agregó:

—¿Ustedes son los dos tipos de pelo en pecho, valientes? Rex compuso el gesto más duro que pudo.

—Sí, hermano.

El rubio se aferró al canto del escritorio y rompió a reír con ganas.

Se retorció un poco en el asiento y pudo calmarse a duras penas, las lágrimas en sus azules ojos.

Como Rex dedujo que se chanceaba, alargó el brazo, lo atrapó por la pechera de la camisa y lo levantó de su sillón.

El tipo quedó muy serio al verse con las piernas lejos del suelo. Y eso que pesaría noventa kilos.

—¡Eh, no se enoje!

—Nadie se ríe de nosotros, hermano.

—¡Por supuesto! ¡Suélteme!

Rex abrió la mano y el rubio del despacho cayó en el sillón.

—¿Quiere que hablemos de negocios?

—¡Infiernos, sí!

—¿Qué porquería nos ofrece a cambio de quinientos dólares, rubio?

—No me llame “rubio”. Mi nombre es Fahrenheit.

—¿Como los termómetros?

—Exacto.

—Escupa el contenido de su venerable estómago, señor Fahrenheit
¿De qué se trata?

El rubio llamado Fahrenheit se alisó la camisa arrugada.

—Soy sólo un intermediario. El que me hizo el encargo para hallar dos hombres de pelo en pecho, valientes, audaces y con agallas está lejos de aquí. Les puedo poner en contacto con él.

—¿Y ganaremos quinientos pavos?

—Si demuestran que son los hombres que buscamos.

—Somos sus dos hombres.

—¿Cómo lo sabré?

—Haga su prueba, hermano.

—No me llame “hermano”. Llámeme “señor”.

El anciano Jerry Flaps detectó la antipatía entre los dos jóvenes e intervino para que el trabajo no se les escapara de las manos:

—Oiga, señor Termómetro... Oh, perdón. Quería decir señor Fahrenheit Mi socio y yo haremos lo que sea por los quinientos pavos.

El rubio observó con desagrado al viejo.

—¿De qué sirve usted aparte de picarlo y destinarlo a comida para

perros, abuelo?

—¿Cómo? —se enfureció Jerry.

—Quiero decir... ¿qué puede hacer usted a su edad?

Entonces, el joven Rex Carter guiñó un ojo y palmeó a su socio.

—Hazlo con ese taburete de madera, Jerry.

Jerry abrió la boca, lanzó un alarido de karateka y descargó su huesuda mano en la banqueta de tres patas.

El mueble estalló en pedazos a causa del impacto.

Uno de los trozos pasó por sobre el hombro del rubio, quien se apartó, no sin una expresión de perplejidad en sus azules ojos.

—¡Mil demonios! —exclamó, boquiabierto.

—¿Quiere que le parta en dos su apollado escritorio, señor Fahrenheit?

—No, espere. Eso que ha hecho ha sido muy bueno.

El joven moreno mostró sus blancos dientes en una sonrisa.

—Y eso no es nada, hermano. Jerry tiene más trucos.

El rubio los miraba alternativamente, la sospecha pintada en sus ojos.

—¿Vienen armados? El anuncio lo dice bien claro.

—Yo llevo un cortaúñas.

—Al diablo con sus chistes, muchachos. ¿Sus nombres?

—El mío es Rex Carter. Y mi socio es el conocido Jerry Flaps.

—Conocido, ¿dónde? ¿En la prisión de Chino?

Rex arrugó el semblante.

—Oiga, Fahrenheit Si quiere que nos pasemos la mañana contando historias graciosas, lo dice y tomamos asiento. Pero Jerry y yo hemos entrado en este agujero para ganar quinientos dólares. Conque usted tiene la palabra.

El rubio Fahrenheit asintió con un gruñido.

—Me gustan —dijo.

Rex y su anciano socio se miraron complacidos.

—¿Qué basura hay que recoger para ganar los quinientos? —sentóse Rex en el canto del escritorio.

El rubio que iba a darles trabajo se apoyó en una máquina de escribir de 1920.

—Los necesito como protectores, caballeros.

—¿Se refiere a guardaespaldas?

—Si así lo prefiere, Rex Carter.

—De acuerdo. Hable.

El rubio suspiró.

—Esta oficina se dedica a recoger los encargos de sus clientes. Tengo una petición para dos personas audaces, fuertes, con agallas...

—No se repita.

—Bien, les daré una dirección. Ustedes asistirán al lugar y

procurarán que todo marche en orden.

—¿Quiere explicarse unas pulgadas, señor Fahrenheit?

—El lugar es la mansión Las Orquídeas. Acudirán invitados. Ustedes se camuflarán entre ellos. Pero será mejor que el portero de Las Orquídeas les ponga al corriente cuando lleguen allá.

El anciano Jerry carraspeó para intervenir:

—Nos gustaría ver el color de la plata antes de ponernos a trabajar. La cabeza del rubio giró con brusquedad.

—¿Están sin un centavo?

—Pleno, caballero.

—Me lo olía.

—Acabamos de gastar nuestro patrimonio en dos emparedados de hamburguesas. Y gracias a que pude obtener un pequeño premio en una máquina tragaperras.

—Me hago cargo de su situación, señores.

—Oigamos ahora el tintineo de las monedas —agregó el anciano, con mucho descaro. El llamado Fahrenheit arrancó un billete del fondo de su bolsillo y lo alisó sobre la mesa. Rex frunció el entrecejo.

—Son sólo cien pavos.

—Recibirán el resto mañana.

—No me gusta.

—Pues trágueselo, Carter. Tome los cien.

—El anuncio hablaba de quinientos.

—Cumpliré mi palabra, amigos. Habrá otros cuatrocientos.

Los dos socios consultaron con la mirada, y fue Rex quien pasó la mano por sobre el escritorio e hizo desaparecer el billete como cosa de magia —Volveremos con la misión cumplida, señor Fahrenheit.

—Estoy seguro.

—Este billete nos anima mucho —Rex se palmeó el bolsillo en el que acababa de guardar el dinero y de pronto emitió un respingo—: ¿Dónde están los cien? ¡Que me aspen cabeza abajo!

Introdujo los dedos precipitadamente en la cazadora y buscó con cierto frenesí. El rubio alzó las cejas.

—No me diga que lo ha perdido, Carter. Le he visto guardar los pavos...

Rex Carter giró el rostro hacia el anciano que ahora mostraba una expresión beatífica.

—¡Jerry!

—¿Sí, muchacho?

—¡Tú tienes los dólares! ¿Cómo infiernos lo has hecho? ¿Cómo has podido limpiarme a ojos vista?

El viejo lanzó un escupitajo hacia una salivadera de metal y acertó a doce pies de distancia.

—Ha sido una medida de precaución, muchacho. Los últimos cien

dólares que atrapamos fue allá en Los Angeles. ¿Y qué pasó? Yo te lo diré. Te los gastaste con aquella fulana de pelo rojo y alma muy negra. Conque no quiero exponerme a lo mismo ahora que estamos en tierras extranjeras. Yo seré el tesorero.

El rubio se veía perplejo.

—¿Cómo lo consigue hacer de un modo tan limpio, señor Flaps?

—Una vez me gané la vida como prestidigitador. Conque son secretos profesionales.

—Creo que he escogido a dos buenos tipos.

—Ya puede estar seguro.

—Oigan, caballeros. Les advierto que las autoridades de este país son muy severas con los que tienen los dedos ágiles. De modo que olviden billeteras, bolsillos y demás trucos. El joven Rex alzó la prominente barbilla en un gesto altivo.

—Como ciudadanos americanos, nos ocuparemos de cubrirnos de gestos honrados. La última vez que estuvimos en Centroamérica nos buscaron por todas partes para colgarnos unas medallas.

—Todavía nos están buscando —gruñó el anciano, presa de amargos recuerdos—. Todavía. Para colgarnos...

El rubio arrugaba el gesto, preocupado.

—¿Seguro que no los atraparán? Rex suspiró hondamente.

—Bien, vamos a rasurarnos, a beber algo fuerte y después acudiremos a la mansión Las Orquídeas.

—No les he dicho dónde se ubica.

—También somos detectives. Conque no se preocupe.

—Deben estar allá a las ocho.

—De acuerdo —Rex palmeó al anciano en el flanco y se dieron la vuelta para salir.

Pero se quedaron de muestra cuando vieron a dos tipos mestizos eh la puerta que esgrimían sendos cuchillos.

Tenían un inquietante aspecto y parecían muy fuertes. Rex se aclaró la garganta. Apuntó con el pulgar hacia la derecha.

—Eh, señores. El taller de afilador está al lado de acá. Se equivocaron de lugar.

—Venimos a por el trabajo que anuncian —dijo el más alto.

—Ya está cubierto. Lo sentimos.

—Escuchamos con las orejas pegadas a la puerta y no estamos conformes.

—Ah, ¿no?

—El trabajo es para nosotros.

—¿Quién lo dice?

—Oscar. Que soy yo. Este se llama Argos.

—Pues llegaron tarde. Dígaselo a los muchachos, señor Fahrenheit Dígallo. El rubio del despacho tenía una expresión un tanto divertida.

—Bien pensado —dijo—, estos dos nuevos me gustan más.

—¿Está bromeando? Ya nos ha dado cien pavos.

—Empiecen a ganarlos, como demostración gratuita. Rex entrecerró los ojos.

Miró al viejo y fue suficiente.

Ambos a la par se arrojaron sobre los recién llegados.

Las armas blancas silbaron cerca del cuello de los dos socios. Pero éstos no dieron cuartel a sus competidores.

Rex restalló la derecha en el mentón del alto, quién soltó el cuchillo y abandonó el suelo dando vueltas.

Atravesó el despacho, se precipitó en un patio interior y acabó desvanecido moviendo mucho las piernas.

El anciano Jerry se encargó del otro mientras ocurrían los hechos.

Sólo tuvo que descargarle el filo de la mano sarmentosa en la garganta. Lo hizo con tanta técnica que todos se quedaron estupefactos.

La víctima también dejó su arma, se agarró la nuez de Adán y corrió velozmente hacia el patio donde había quedado tendido su compinche.

La verdad es que se estaba ahogando y necesitaba aire con urgencia.

Jerry cerró la puerta del patio con dificultad, porque encajaba mal y recuperó los cuchillos, los cuales entregó al rubio.

—Aquí tiene los trofeos de guerra, señor Fahrenheit.

Este se hallaba tan desconcertado que boqueó sin poder articular palabra alguna. Rex y Jerry le hicieron sendos guiños y salieron a la calle Principal.

En eso, el anciano dio un gemido y metió la mano en el bolsillo.

—¡Infiernos, perdí la pasta! ¡Regresemos!

El joven Rex le dedicó una amplia sonrisa y se palmoteó el bolsillo de la cazadora.

—Tranquilo. Sólo la he cambiado de lugar.

Y Jerry emitió una sarta de maldiciones entre dientes, porque aquel muchacho estaba aprendiendo mucho desde que eran socios y ya era mejor ladrón que él.

CAPÍTULO 2

Cuando abandonaron el restaurante Miramar, bien comidos y bebidos, Rex y Jerry acudieron al establecimiento de taxis y hallaron uno desvencijado, lleno de abolladuras en la chapa.

Rex metió la mano por la ventanilla del vehículo y pulsó dos veces el claxon.

En eso, ocurrió algo insospechado para el joven moreno. Vio acercarse corriendo a la mujer más hermosa que había conocido en su vida.

Era una morena de apenas veinticinco años, alta, bien formada, enfundadas las piernas en unos estrechos pantalones. Su rostro era muy lindo, de ojos enormes.

—¿Adónde los llevo? —dijo, al colocarse en el timón. Rex y su socio ocuparon los asientos posteriores.

—¿Cómo sabe mi idioma?

Ellaladeó la cabeza orlada de sedosos cabellos muy negros.

—Los taxistas de este lugar sabemos incluso el chino. Es propio de nuestra profesión. Ustedes tienen aspecto de norteamericanos. Espere... Viven en Los Angeles. ¿O tal vez en Arizona?

—La verdad es que no podemos vivir en ninguna parte —espetó el viejo Jerry, quien recibió un codazo de su joven socio.

La chica se alarmó mientras le daba a la llave del contacto.

—Eh, no me causarán dificultades...

—¿Por qué lo dice? —inquirió Rex.

—Los últimos americanos que llevé en mi coche resultaron traficantes de armas, de drogas y de mujeres.

—La verdad es que somos reverendos del Ejército de Salvación. Soy el padre Carter y éste el padre Flaps.

—Y yo soy Margaret Thatcher —masculló la bella—. Déjense de chistes y díganme adónde vamos.

—A una mansión de las afueras que se llama Las Orquídeas, querida Margaret.

—Mi verdadero nombre es Leonor, padre.

—Y nosotros somos en realidad Rex Carter y aquí, mi socio, Jerry Flaps. El anciano escupió rabioso e intervino: —Eh, ¿sabes que mientras te da conversación, ella ha puesto en marcha el contador y nos está costando dinero? ¡Andando, infiernos!

Leonor arrancó en segunda y los viajeros se echaron atrás a causa de la inercia. Manejaba con una mano, con mucha pericia.

—¿Es la primera vez que vienen a este país?

—Todos los años fondeamos nuestro yate en su pequeño puerto. Ella los miró sospechosamente por el espejo retrovisor.

—El taxista es mi tío —dijo—. Lo estoy sustituyendo porque tiene el hígado hecho polvo.

—¿A qué se dedican en realidad?

—A lo que sale. Ahora llevamos gestiones diversas.

Leonor clavó sus bellos ojos en los del joven, siempre a través del espejo. Rex sostuvo su mirada, hasta que ella la apartó para rebasar un camión.

Cruzaron una extensa zona de lujosas residencias. Iban leyendo los nombres de los rótulos.

Como viajaban a más de cien kilómetros por hora, Leonor tenía una vista de lince y cazó al vuelo el nombre de una de las fincas: Las Orquídeas.

Frenó con brusquedad, salieron de la carretera y estuvieron a pique de volar por el borde del acantilado.

El anciano Jerry galleó de terror:

—¡Quiero llegar a los ochenta años!

Leonor sonrió alzando una ceja, ya detenidos.

—¿Todavía no los tiene?

—Muy graciosa.

—No se enoje, abuelete. Oigan, ¿espero su regreso o me pagan ahora? Rex se rascó la mejilla pensativo.

—¿Sabes una cosa, Leonor? Ignoramos cuánto tiempo estaremos en la mansión. Pero te pago la carrera de inmediato.

Ella chascó los dedos, tras recibir el dinero.

—Tengo una idea. Voy a detener aquí el taxi. Bajaré a la playa y me daré un baño. Adoro los atardeceres.

—Y yo. Conque vamos los dos.

—¡Alto ahí! —gritó cascadamente el viejo Jerry—, ¡Son las ocho y tenemos trabajo!

Rex ya iba en pos de la bella taxista, pero frenó en seco.

—Es cierto, querida. ¿Me esperarás?

—No tengo prisa. Si tardan demasiado, regresaré y pueden volver por sus propios medios. Otro día nos veremos... Rex.

—Seguro —dijo Rex sin poder apartar los ojos de la mujer más bella que jamás conoció. Luego, él y Jerry galoparon hacia la mansión.

—En cuanto me descuido —gruñó Jerry—, eres capaz de largarte con la primera que pasa por tu camino.

—Esta ha sido única. No ha habido otra en mi vida.

—Lo mismo dijiste de aquella rubia que se llamaba Marlene allá en

Niza.

—Es que hay muchas repartidas por el mundo.

—¿Y aquella fulana con trenzas, en Marsella?

Jerry acabó las protestas tirando de la campanilla del portón del jardín.

Pegó un brinco atrás cuando vio surgir a un fulano armado de una escopeta que asomó entre los barrotes.

Tenía los ojos muy pequeños y juntos y la boca torcida.

El anciano comenzó a levantar la mano para atrapar el cañón y atraer hacia la verja al tipo con ánimo de aplastarle la cara contra los barrotes. Le repugnaba cuando le apuntaban con un arma como aquélla.

Rex sacudió la cabeza para detener su acción!

—Nos envía Fahrenheit —dijo.

El tipo del cañón frunció el entrecejo y luego emitió un gruñido que poco tenía de humano.

—Sí —murmuró—. Ya me llamó por teléfono. Ustedes corresponden con la descripción.

Usted debe ser Rex Carter. Eso es...

—Pues descorra el cerrojo.

El tipo alcanzó un teléfono interior y, tras una breve conversación, regresó para abrir el portón.

Los dos socios se colaron por el hueco.

—Avancen hasta tropezar con algo sólido —sonrió el portero burlonamente, mirando al viejo.

—Y tú vuelve a la jaula que ya te enviaré una banana —replicó éste, que evidentemente no había simpatizado con el guardián.

El edificio tenía dos plantas y era muy lujoso.

El jardín era todo un Edén, lleno de flores exóticas e incluso dos piscinas de azules aguas. Atravesaron la avenida de grava menuda y llegaron a la entrada principal, muy impresionados por tanto lujo.

También vieron tres automóviles de las mejores marcas europeas, uno de ellos con gruesos cristales antibalas.

Jerry silbó admirado.

—Eh, Rex. Aquí hay dinero porque me da en el olfato.

—Eres un buen sabueso, abuelo.

—El hambre agudiza los sentidos.

—Baja la voz. Pueden oírlos. Por ejemplo, ese tipo que ya asoma el hocico. Rex se refería a un criado muy estirado que salió a su encuentro.

Les sonreía con dientes amarillos y dijo:

—La señorita Goodis les está esperando, caballeros. Rex lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Quién es la señorita Goodis?

—La que está al frente de la mansión Las Orquídeas.

—Empújenos hacia ella, hermano.

El tipo hizo una reverencia como los que reciben el suficiente dinero para humillarse vocacionalmente.

Rex tuvo una súbita inspiración.

—Espera, abuelo. Mientras yo me dedico a la señorita Goodis, conviene que tú empieces a patrullar por los alrededores. Y avísame si ves algo sospechoso.

—Te lo iba a proponer. La Naturaleza me hace sentirme en mi verdadero medio. De modo que me internaré en esta selva.

—Vigila, Jerry.

El anciano salió por un costado del jardín y se perdió entre la vegetación. Rex penetró en el amplio vestíbulo.

No anduvo muy lejos.

Una hermosa pelirroja de unos treinta años lo detuvo como si fuera un muro de cemento.

Ella le sonrió como los propios ángeles.

—Usted es Rex Carter —dijo.

—Y usted acaba de caer del cielo con una astronave. Ella rió cantarínamente.

—Es el piropo más original que he escuchado en los últimos tiempos.

—Tengo un gran repertorio, señorita Goodis.

La bella pelirroja abanicó unas sedosas pestañas.

—Entre nosotros, Rex, puedes llamarme por mi nombre de pila. Soy Telma.

Rex cabeceó.

—Bien, Telma Quiero saber qué infiernos pintamos aquí mi socio y yo.

—¿Tu socio?

—Ya sabes. El del anuncio de los dos hombres con pelo en pecho, valientes y audaces. Está dando un rodeo por el jardín para llevar a cabo una protección perfecta.

—Eres maravilloso, Rex.

—Y tú, cálida como una estufa de leña en una fría noche de invierno.

—Canastos, qué frase. Eres todo un poeta.

—Que quiere ganarse los quinientos dólares por el trabajo de guardián del orden. Telma pareció pensativa y asintió, el entrecejo fruncido.

—Tendrás que entrar pronto, Rex. La reunión acaba de empezar.

—¿Una reunión?

—Los invitados, un pequeño grupo, están esperando a mi jefe para que empiece la sesión.

—¿Quién es tu jefe, Telma?

Ella se humedeció los labios con la punta de una lengua rosada, que la hizo atractiva como un imán.

—Soy la secretaria de Elmer Fallon...

Rex la interrumpió con un brinco atrás de sorpresa.

—¿Te refieres a Elmer Fallon “el mejor médium de Nueva York”?

—Y el mejor del mundo en estos tiempos.

—Infiernos.

—Ha sido reconocido en los medios psíquicos como el hombre más superdotado en materia de comunicación con el reino de los espíritus.

—Pero está muy lejos de su base de operaciones.

—Nos hallamos en la costa de vacaciones. El señor Fallon necesitaba un lugar cálido, lejos de Estados Unidos.

—O sea, que no está trabajando con los espíritus.

Telma Goodis apretó los labios porque no le gustaba el tono desenfadado del joven Rex.

—Al llegar a este país ha recibido una comunicación urgente del más allá.

—No me digas.

Telma miró al techo como invocando inspiración del Cielo.

—El reino del espíritu está presente en todas partes, Rex.

El joven la atrapó por la cintura y la besó inesperadamente en los labios, que resultaron turgentes y tibios.

Ella volvió en sí.

—¿Por qué has hecho eso, Rex?

—Es que ibas a caer en trance y quise poner remedio.

—¡No lo hagas! —exclamó. Y luego, agregó en tono más apaciguador—: Por lo menos hasta que yo te avise...

Como Rex iba a repetir la experiencia, recibió una suave patada en la espinilla que lo detuvo en seco.

Telma le sonrió con picardía y dio la vuelta mostrando un reverso que estaba muy en consonancia con el anverso.

—Sígueme a la reunión, Rex.

Él la hubiera seguido hasta el desierto de Gobi. Conque movió las piernas a través de los salones.

Penetraron en un lujoso gabinete con un amplio ventanal que daba al jardín.

Había tres tipos tumbados en sillones, pero el más interesante era el sujeto que se hallaba en pie en el centro de la alfombra.

Era un sujeto de unos cuarenta años, pelo ensortijado, ojos muy negros, estatura media y fornido como un buey de California.

Vestía un quimono con adornos esotéricos, de estrellas, planetas con anillos y medias lunas.

Sus gruesos labios se curvaron ligeramente al contemplar al joven

recién llegado.

—Usted es uno de mis guardaespaldas.

—Y mi socio que está patrullando por el jardín.

—Perfecto.

—¿Qué teme usted, señor Fallon?

El mejor médium de Nueva York juntó las palmas de las manos y cerró los ojos como sumido en profundas meditaciones.

—Creo que corro peligro.

—¿Se ¿o ha dicho algún espíritu, señor Fallon? El psíquico lo miró ahora con sus ojos de fuego.

—Usted no cree en estas cosas, ¿verdad, señor...?

—Carter. Rex Carter. Y acepto todo aquello que puede ser probable.

—Usted sabe que soy famoso, Carter.

—Su nombre suena mucho.

Fallon sonrió de modo enigmático.

—Si permanece aquí, seré testigo de fenómenos extraordinarios.

—Voy a permanecer aquí porque me han prometido quinientos dólares, señor Fallon. El aludido exageró su sonrisa misteriosa.

—Quizá le interesen mis conocimientos.

—Oh, sí. Si usted adivina cosas, me gustaría saber dónde escondió mi abuelo Isaías quinientos dólares que jamás pudimos hallar a su muerte.

Un tipo de cabello engomado y de cara redonda que ocupaba uno de los sillones, intervino con una sonrisa irónica: —¿Miraron en el colchón?

—Incluso debajo de su peluca. Pero nones, hermano. Fallon carraspeó:

—Perdón, me olvidé presentarlos. Señor Carter, el que acaba de hablarle es Tino Leopardi.

—Lo tengo en mis fichas. La última vez que supe de él, lo estaban buscando por todo Portugal, pero pudo esfumarse.

Leopardi arrugó el gesto.

—Eh, nada de trapos sucios...

Fallon tomó de nuevo la palabra para evitar agrias discusiones.

—El que está a su lado, el caballero de la nariz aguileña, es Marcel Renoir, francés dedicado a los negocios...

—...de cerraduras —interrumpió Rex Carter—. Es el tipo que mejor sabe abrir cerraduras en toda Europa.

El francés quedó boquiabierto y no dijo nada. Fallon prosiguió:

—Y el último es Pepe Carpano. Un experto en toda clase de artilugios mecánicos y electrónicos. Un verdadero sabio.

—Lo conozco de oídas, señor Fallon —dijo Rex, y ladeó la cabeza mirando al médium.

¿Qué negocio llevan entre manos?

—Pronto lo sabrá.

—¿Cuándo?

—Siento que no tardaré en caer en trance. —Fallon se sujetó las sienes con los pulgares—. Lo noto cada vez más... ¡Más!

Nadie dijo nada, pendiente del médium.

—Algo va a suceder... Oh, perdón... Es como un pequeño incidente ajeno a la reunión... Lo presiento. Lo estoy presintiendo.

Justo entonces, la ventana se abrió y en el hueco apareció el anciano Jerry que pasó una pierna por el marco.

Iba cargado con un cuerpo inerte que pesaba casi el doble que él.

—Perdonen la interrupción, caballeros, ¿dónde pongo esto?

Todos respingaron a coro, cuando el viejo arrojó sobre la alfombra al tipo inconsciente, que rodó como el rodillo de una apisonadora.

Fallon recuperó en primer lugar el habla al exclamar:

—¡Cielos, ha capturado al ladrón de mansiones que merodeaba por estos alrededores! El vejete pestañeó.

—¿Un ladrón, señor Fallon?

—Y muy agresivo. Usted le ha dado su merecido.

—Bueno, pues lo mandaré por donde regresó.

—¡Sáquelo inmediatamente de aquí!

Jerry asintió, se escupió en las palmas y después de atrapar al ladrón lo tiró por el hueco de la ventana como si fuera un fardo.

El tipo debió recuperar el conocimiento a causa del golpe porque, de repente, lanzó un chillido y huyó saltando por entre la vegetación.

Rex sonrió.

—Buen trabajo, Jerry.

El viejo se palmeó las manos.

—Todo está en orden. El único delincuente que había suelto ya no volverá por aquí. El médium lo contemplaba incrédulo, así como el resto de la concurrencia. Pero repentinamente se llevó las manos a la cabeza y gritó:

—¡Ahora!

El abuelo pegó un brinco alarmado y adoptó la posición de los karatekas. Movié el cuerpo de un lado a otro.

—¿Dónde, que me lo como? — chilló—. ¿Quién...?

Pero Elmer Fallon seguía en trance y no parecía apercibirse de nada de lo que le rodeaba, lo cual tranquilizó a Jerry, que quedó en suspenso.

El respeto inundó el recinto cuando el médium se dirigió hacia la mesa central y recuperó la posesión de una especie de trono.

—Tomen asiento alrededor de mí, caballeros. Pronto dejaré de estar entre ustedes para vagar por el mundo de los espíritus.

Cada cual aproximó una silla y rodearon la mesa.

Telma abandonó su rincón y corrió las oscuras cortinas, sumiendo la

habitación en una suave penumbra.

Una luz roja brotó de una lamparilla justo en el centro de la mesa. El ambiente pasó a ser inquietante en unos segundos.

El electrónico Pepe Carpano sonreía escéptico.

Sin embargo, Tino Leopardi tragó saliva porque era muy supersticioso.

También el francés torció el gesto, porque aquellos experimentos no le gustaban ni pizca.

Rex pestañeó perplejo porque habría jurado que un halo impalpable rodeaba la silueta del médium Elmer Fallon.

Pero lo más excepcional llegó a continuación.

Todos sintieron una especie de escalofrío porque fue de lo más inesperado. La cara de Fallon se transfiguró.

Abrió la boca.

Y por el hueco surgió una voz de mujer. ¡Una voz femenina!

—Les está hablando la viuda de Mendoza, hermanos... El silencio se deslizó como una losa.

Los ojos se concentraron en aquel agujero por donde menos se esperaba que hablara una dama, ya que Fallon tenía la voz más bien ronca. Resultaba un fenómeno increíble.

La voz del otro mundo resonó en el gabinete:

—Estoy entre vosotros para daros un mensaje... Por eso, os hablo de nuevo... Tengo que encargaros una misión... Por eso, vuelvo. Yo estoy entre vosotros... Yo permaneceré con todos hasta que la misión sea cumplida... Y no regresaré a menos que se lleve a cabo... Volví... Yo volví del más allá... ¡Yo volví del más allá!

CAPÍTULO 3

Quien más quien menos estaba tallado en piedra de mármol porque no tenían experiencia en fenómenos del más allá.

La boca, más bien grande, de Elmer Fallon seguía abierta y a través de ella pugnaban por salir sonidos inesperados.

Se produjeron cuando agregó:

—Mi nombre es Gloria Mendoza. Mejor conocida por la viuda Mendoza. Una mujer oriunda de estas tierras que ha sufrido la más repugnante expoliación y que está dispuesta a vengarse.

Como se produjo una pausa más bien larga, fue la pelirroja Telma Goodis quien intervino:

—Señora Mendoza, ¿sois un espíritu puro?

—Soy la justicia misma Y todos deben esperar mis instrucciones. La perplejidad de los presentes iba en aumento.

La voz era delicadamente femenina. Con registros agudos, suaves, como los de una locutora de radio que emplea un tono acariciador.

—Ustedes han sido escogidos por este médium de fama mundial para llevar a cabo una gran misión.

Rex iba a preguntar algo al espíritu, pero se contuvo porque la voz de mujer que salía por la boca de Fallon agregó: —Me he servido del señor Fallon por ser el médium más importante en estos tiempos. El ha recibido mis primeros mensajes y lo he escogido para coordinar mi fantástico plan.

Es algo relacionado con el mundo material en que viven ustedes. Conque Fallon ha buscado a las personas adecuadas para llevarlo a cabo.

Rex se aclaró la garganta e interrogó al espíritu:

—¿De qué plan se trata, señora Mendoza?

Todos lo miraron sorprendidos porque nadie tenía tantas agallas para intervenir directamente con seres del más allá.

—Ustedes van a asaltar un banco —dijo el espíritu. Rex dio un respingo.

—¿Ha dicho un... banco?

—Entendió bien, señor Carter.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—En el reino de los espíritus nada se ignora.

Aquel inesperado diálogo entre Rex Carter y la voz del más allá,

dejó petrificados a los contertulios.

—De acuerdo, señora Mendoza. Usted quiere que llevemos a cabo un asalto.

—Sí, Carter.

—¿Comprende que no somos ladrones?

En eso se escuchó una risita femenina que resultó escalofriante.

—Algunos, sí.

—Pero otros no estamos dispuestos a burlar la ley.

—Usted y su socio el señor Flaps ya la han burlado más de una vez. Se les busca en muchos lugares.

—Está exagerando, señora Mendoza.

—Los conozco bien, señor Carter. Ustedes marginan la ley cuando se ven precisados. En el fondo, son un par de románticos.

—¿Y qué pasa con nuestro romanticismo?

—Servirá para llevar a cabo mis planes.

—¿Puede explicarle mejor?

El médium Fallon boqueaba articulando las palabras del espíritu. La voz de la muerta resonó melodiosa.

—Ustedes son un grupo de aventureros que llevarán adelante el plan, cuando les explique mis motivos.

—Estamos a la escucha, señor Mendoza. El silencio se extendió por la sala.

La voz de mujer moduló las palabras de forma persuasiva:

—Ustedes son un grupo de hombres justos que van a vengar mi muerte y la de mi hijo. Mi hijo y yo nos hallamos en el reino de la verdad. Y sabemos que nos ayudarán a restablecer la justicia.

Rex Carter apretó los labios para conceder una pausa al médium.

En eso, la boca de Elmer Fallon articuló agudamente en su versión de viuda Mendoza:

—Mi esposo falleció y me convirtió en la heredera más importante de esta costa. Poseía cientos y cientos de acres de terreno. Tenía formidables fincas, edificios rurales. Un verdadero imperio. El imperio de los Mendoza.

Fallon resollaba como si le ahogara el esfuerzo del espíritu del que aparentemente estaba poseído.

—Pero fui expoliada, robada, arruinada. Si, caballeros. La Corporación Municipal codiciaba mis tierras, mis propiedades. Y no sabía cómo conseguirlas. Conque actuó del modo más detestable. Presionó al Banco Internacional de Oriente para que ejecutara una importante hipoteca sobre mis propiedades. El banco lo hizo. Intenté detener la acción judicial para defender mis bienes. Pero el banco estaba bien aleccionado por la Corporación Municipal y me embargó. Me dejaron en la más absoluta miseria. Mi hijo sufrió un accidente de automóvil porque su alterado sistema nervioso lo empujó hacia el

acantilado. Allí se estrelló su coche y quedó envuelto en llamas.

—Tranquilícese, señora Mendoza —insinuó el joven Rex al observar el tono alterado de la voz femenina.

Ella añadió con palabras bien pronunciadas:

—El accidente me enloqueció. La muerte de mi hijo Fredo fue la gota que rebasó el cáliz de mi amargura. Sólo me faltaba aquello, añadido a la ruina que me había ocasionado el banco dependiente de la Corporación Municipal, para que yo perdiera la razón. Corrí hacia el acantilado. No pude controlarme. Y me arrojé de cabeza. Mi cuerpo quedó destrozado contra las rocas de abajo.

El silencio retornó en la sala hasta que la muerta Mendoza agregó:

—Por eso yo volví del más allá. Para vengarme. Y ustedes me van a ayudar.

El experto en electrónica y mecánica llamado Pepe Carpano sonreía escéptico, porque la sesión le parecía una farsa montada por todo lo alto.

Respiró hondo y siguió la corriente al médium.

—En concreto, ¿qué hemos de hacer?

—Ahora les daré instrucciones... si aceptan el trabajo.

El grueso Tino Leopardi, delincuente internacional, tragó saliva porque era muy supersticioso y los hechos le causaban gran respeto.

—Señora — murmuró—, yo estoy convencido.

Ahora las miradas convergieron en Marcel Renoir, el francés que era un mago en materia de cerraduras. Se veía pálido como un muerto.

Y no era para menos. Marcel era aficionado al espiritismo y la sesión lo había impresionado sobremanera. Estaba convencido hasta el tuétano de que una voz de otro mundo les estaba mandando un mensaje.

Conocía, lo mismo que el resto de la concurrencia, que Elmer Fallon no era un farsante. Era un médium de fama mundial, que incluso había desafiado a la Sorbona para demostrar sus poderes paranormales.

Aquello iba en serio, se decían todos. Tal vez tuviese una explicación científica. O entrara en el terreno de lo inexplicable. Pero allí había algo de verdad y los presentes lo sabían.

La voz de la muerta se dejó oír de nuevo:

—Los que estén conformes con el plan a establecer, que levanten la mano.

El escéptico Pepe Carpano alzó el brazo con desgana, consciente de que existía una posibilidad de ganar dinero.

Luego, lo hicieron los demás.

El anciano Jerry tragó saliva espantado, y susurró al oído de su joven socio:

—¡Demonios, Rex! ¡Un asalto planeado desde el aro mundo! ¡Nunca

lo ha visto uno todo!

—Tranquilo...

—Sí. Tengo los pelos de punta...

—Ustedes van a ganar una buena cantidad —interrumpió los cuchicheos de la voz de la Mendoza.

Pepe Carpano resolló impaciente y sin creerse nada del embrollo.

—¿Cuánto, señora? —sonrió en un gesto canallesco—. Tenga en cuenta que yo soy un profesional. No un papanatas.

—Tendrán lo que puedan arrebatar de las cajas.

—No está mal. Marcel Renoir, el de las cerraduras, nos ayudará.

—Mi propósito desde el más allá, de donde volví para estar con ustedes, es arruinar al banco. Llévense cuanto puedan. Será un acto de justicia.

—La justicia me importa un pimiento, señora —agregó Carpano cada vez más descarado.

—Usted es un bastardo, Carpano.

—¿Quién lo duda? —alzó el aludido las cejas. Y se escucharon algunas risitas nerviosas.

—¡Silencio! —gritó la Mendoza, que había vuelto del más allá. Todos quedaron a la expectativa.

La voz femenina informó:

—Alquilarán una furgoneta cerrada en Pavis, con nombre supuesto. Carpano hará un agujero en el suelo del vehículo. El señor Flaps conducirá el vehículo. Jerry estuvo a punto de caerse de la silla a causa del susto.

—¿Yo? Oiga, ¿cómo sabe que he sido piloto de fórmula uno?

—Todo lo sé.

—Prosiga —dijo Rex, ahora muy pensativo—. ¿Para qué el agujero en el fondo de la furgoneta?

—Porque quiero que simulen una avería justo sobre la tapa del alcantarillado que hay frente al Banco Internacional de Oriente. El vehículo quedará paralizado. Ustedes saldrán por abajo, levantarán la tapadera de la alcantarilla y se colarán por allí. Luego, cerrarán y Jerry Flaps se llevará el camión hacia las afueras donde lo abandonará. Ustedes ya estarán dentro de la alcantarilla a plena luz del día.

—¿Qué haremos en la alcantarilla, señora Mendoza? —inquirió el joven Rex Carter.

—Buena pregunta, señor Carter. Una vez cerrada sobre sus cabezas la tapadera de la alcantarilla, ustedes descenderán por la escalera de hierro, cruzarán una sección hacia el banco y, en aquel punto, abrirán un agujero que dará justo a las cámaras.

—¿Cómo estaremos seguros, señora Mendoza?

—Nada se oculta al conocimiento de los que estamos en el reino de

la verdad. He visitado el lugar, en espíritu, y sé que allí tienen que hacer el agujero.

—Esas paredes suelen tener un metro de hormigón de espesor, señora Mendoza.

—Un metro con treinta y ocho, señor Carter. Y para ello cuento con la experiencia de Pepe Carpano. ¿Eh, Carpano?

Pepe se echó a reír cachazudamente.

—Tengo un producto químico que disuelve el cemento como si fuera manteca. Conque déjenlo de mi cuenta. Hará falta un equipo de botellas de oxiacetileno, sopletes, palan—cas, etcétera. Y luego tendrá que actuar el experto en cerraduras, cuando estemos dentro. Señora Mendoza, ¿cómo vamos a trabajar con tanto material?

—Mañana es sábado. Y los sábados cierran los bancos en este país. Conque tendrán muchas horas para dedicarse a sus tareas.

El francés Marcel Renoir se rascó la cabeza, e intervino con un tono de voz respetuoso:

—Confío en los espíritus, señora Mendoza. Mi madre me introdujo en este mundo desde pequeño. De modo que no crea que me estoy chanceando. Pero ¿cómo saldremos de allí?

—De noche. Y si hace falta, la furgoneta les recogerá. No tendrán problemas. El robo no se descubrirá hasta el lunes.

—Demonios, no está mal pensado... Si conoce usted los detalles.

—Si hace falta yo les inspiraré en su trabajo.

—Amén —dijo el francés, y se santiguó.

—No fallarán, porque yo les guiaré. Rex Carter se aclaró la garganta y dijo:

—Por lo que entiendo, usted, señora Mendoza, quiere vengarse de un sistema que la llevó al otro mundo, así como a su hijo. Desea que actuemos y les demos una lección. Usted intenta demostrar que la justicia siempre triunfa.

—Exacto. ¿Y sabe por qué pienso así, señor Carter?

—Prefiero que lo diga a todos los presentes.

—Porque usted es un romántico. No es un aficionado a los espíritus como el francés Renoir, ni un supersticioso como Leopardi, el delincuente internacional. Y tampoco un incrédulo como Pepe Carpano, que sólo calcula cuánto conseguirá en el asalto. Usted, señor Carter, es un Superman. Y un sentimental. Igual que su socio.

Rex inclinó la cabeza y la sacudió.

—Por favor, señora.

—Usted es un tipo con agallas, de pelo en pecho, un juvenil Humphrey Bogart... Un sujeto único.

Rex suspiró.

—Lo único que sé es que mi socio y yo estamos sin un centavo. Esa es la pura realidad.

—Serán ricos.

—Permítame que lo dude, señora Mendoza.

—¡La verdad prevalecerá sobre el error! Rex cruzó las piernas.

—Si usted lo dice, me lo creo.

—Atiendan mis instrucciones y ya lo comprobarán.

La pelirroja Telma Goodis intermedió con un gesto preocupado:

—Por favor, Rex. No tientes a los espíritus. El la envolvió en una mirada de arriba abajo.

—Tú mandas, preciosa.

En eso, el médium Elmer Fallon sufrió un acceso convulsivo que puso a todos en un estado de alarma.

—¡Me voy! ¡Regreso al más allá! ¡Ya he dado mis instrucciones! ¡Volveré a contactar con ustedes tras el asalto!

Rex se incorporó a medias.

—Un memento, faltan algunos detalles, señora Mendoza.

Pero el médium no respondió. Incluyó la cabeza y permaneció con los ojos cerrados como inmerso en un profundo sopor.

Telma intervino:

—Es inútil, señores. No contestará más preguntas, porque cuando lo abandona el espíritu visitante el señor Fallon se queda dormido psíquicamente.

Colocó un mullido almohadón tras la cabeza de su jefe. Lo acomodó para que siguiera en su sueño.

El médium roncaba apaciblemente.

Luego salieron uno a uno y lo dejaron reposar en la penumbra. Telma los acompañó al final del corredor y anunció: —Sería bueno que acudieran al jardín y concretaran los detalles. Tiene mucho trabajo que hacer, caballeros.

Todos asintieron.

Jerry Flaps iba en cabeza del grupo y meneaba las piernas muy aprisa.

Rex quedó muy retrasado en la comitiva porque pensaba despacio acerca del plan. Había mucho de extraño en todo aquel asunto y no cesaba de darle vueltas a la cabeza. Telma penetró en una habitación que debía ser la suya y aprovechó que Rex iba en la cola para tomarlo repentinamente de la mano y meterlo dentro del recinto bruscamente.

—¿Ocurre algo? —dijo al verse en la oscuridad.

Por toda respuesta Telma le echó los brazos al cuello.

Sintió su cálido cuerpo y luego sus tibios labios que se posaban en los de él.

—¿Qué crees que puede ocurrir, Rex? —dijo ella susurrante.

—Complicaciones —la besó—, Y debo acudir con los muchachos a montar el plan.

—Yo te inspiraré, Rex...

—Eso es lo malo, corazón. Que me inspiro de inmediato.

—Qué tonto eres —le selló ella los labios con su boca. Rex la enlazó por la cintura.

Y halló que la blusa le quedaba corta y sus manos se posaron en la carne cruda. A partir de entonces ya no se detuvo.

Mientras sentía los besos de la pelirroja Telma, sus dedos iniciaron una exploración por debajo de la blusa.

El recorrido era cada vez mayor. Demasiado excitante.

Tan grande fue el repaso, que tropezó con los dos senos duros y prominentes como las piñas tropicales.

Justo entonces, se les enredaron los pies y perdieron el equilibrio.

El accidente pudo ser grave si hubieran dado con los huesos en el suelo. Pero se derrumbaron en una nube que resultó ser el colchón de una cama. A partir de aquel momento no ocurrió nada original.

Pasó lo mismo que estaba pasando desde cien millones de años en la Tierra.

Aunque Telma y Rex exageraron la nota, porque ya llevaban mucho tiempo sin hacer el amor.

La verdad es que se excedieron...

CAPÍTULO 4

Rex Carter avanzó aprisa por la calle Principal hacia el número 28, mientras el anciano Jerry le seguía pisándole los talones. Este refunfuñaba: —Lo que más me joroba en este asunto es que no hay dinero para financiarlo y encima hemos de poner el nuestro.

—Carpano, Leopardi y Renoir también se han registrado los bolsillos para comprar el material...

—Tres botellas de gas, sustancias químicas y aparatos electrónicos que no sabemos de qué nos servirán.

—Confía en los técnicos, Jerry.

—Ahora confío en que ese bastardo rubio de la Oficina de Gestiones no haya huido con nuestros cuatrocientos dólares.

—El Cielo proveerá, abuelo.

—Estás muy espiritual desde la sesión del médium.

—También es cierto.

El vejete escupió hacia una papelería de la calzada.

—Sobre todo cuando la pelirroja Telma te retuvo para darte instrucciones sobre el Más Allá.

Rex se aclaró la garganta.

—Se limitó a puntualizar detalles...

—Por la cara que ponías al bajar de la casa, deduje que te había puesto al corriente en temas paranormales.

—Nos elevamos muchos en tales cuestiones, Jerry. El aludido rezongó por lo bajo.

Se aproximaban a la Oficina de Gestiones Generales.

—¿Sabes lo que he pensado, Rex?

—En comerte una hamburguesa y beber un buen vaso de cerveza.

—No, infiernos. Estoy pensando en que no somos unos vulgares asaltantes de bancos.

—Eso es cierto, Jerry. Este se rascó el cogote.

—Daré el golpe porque me impresionó la historia de Gloria Mendoza y su expolio. Saquemos los fondos de la Corporación Municipal que se hallen en el condenado banco.

—¿Y?

—Luego escaparemos con nuestra parte y la entregaremos a una obra benéfica en el extranjero.

Se detuvieron frente a la Oficina de Gestiones Generales y Rex se

dio la vuelta evidentemente emocionado.

Atrapó la cabeza del anciano y lo besó en la frente.

—Eres un santo, Jerry.

—También eres tú de esa pasta.

—Somos dos hombres buenos.

—Robín de los Bosques y Superman. Eso somos, Rex. El joven empujó la puerta de la oficina del rubio.

—¿Entramos así o nos vacunamos contra la tiña primero? —dijo a modo de saludo.

Jerry dio un respingo al ver el asiento vado del escritorio.

—Rayos, ya se ha fugado.

—Estará en el lavabo, Jerry.

—Ahora veremos.

Rex percibió algo siniestro en el ambiente.

—Espera, abuelo —¿Por qué?

—He visto unas manchas de sangre. Jerry brincó hacia atrás.

—¿Sangre?

Rex no respondió y acudió al lavabo del patio. Tiró de la puerta sin miramientos.

Y halló al rubio sentado en el tazón del wáter.

Tenía una mirada fija y vidriosa, sorprendida. Incluso sonreía un poco. Le habían cortado el cuello de oreja a oreja.

La voz de Jerry se oyó por atrás.

—¿Está ahí el granuja rubio? —dijo.

Rex permaneció silencioso ante la vista de la muerte inesperada. La sangre había resbalado por el suelo y formaba un gran charco. Esquivó el líquido rojo y viscoso que ya empezaba a secarse.

En eso, Jerry apareció por la espalda de su socio y vio el panorama Tragó aire con fuerzas.

—¡Horror de horrores! —chilló.

—Calma Jerry.

—¿Que me calme? ¿Qué ha pasado aquí?

—Sólo es un cuello cortado.

Dicho aquello, Rex cerró la puerta del lavabo.

El anciano corría como un gamo de un lado a otro del despacho.

—¡Hemos de registrar los cajones a ver si hallamos nuestros cuatrocientos dólares!

—Lleva cuidado con las huellas dactilares.

—¡Al diablo con las huellas! ¡Quiero mi pasta! ¡Nuestra pasta! Removieron el recinto no sin detectar que alguien lo había hecho antes.

—¡Ni un dólar! —gimió el anciano.

—Era de esperar.

—No, ya me lo decía mi viejo corazón...

—¿El qué?

—Sabía que no íbamos a cobrar. Incluso me parece mentira que le sacáramos los cien pavos al decapitado rubio.

—Son gajes del oficio, Jerry.

—¿Quién lo habrá hecho? Rex se rascó la mejilla.

—¿Recuerdas a aquellos dos fulanos con los cuchillos que nos quisieron arrebatarnos el trabajo?

—¡Esos han sido! —exclamó Jerry.

—Probablemente. Sin duda se sintieron muy decepcionados y degollaron al rubio para sacarle el resto del dinero.

—Sí.

—Los hallaremos, Jerry. Jerry giró en redondo.

—¿Buscarlos? ¿Qué gano en buscarlos, infiernos!

—Ellos deben tener nuestra pasta. Y sin el dinero no podemos entrar en la sociedad anónima del asalto.

—Es cierto, maldición...

—Huyamos de aquí. Jerry emitió un ronquido.

—¡Y tiene que ser de inmediato, Rex! ¿Qué ocurriría si la policía nos descubriera en el lugar del crimen?

—Lees demasiadas novelas policíacas, abuelo. Los guardias hay que avisarlos... Jerry pegó con el pie en el suelo.

—¡Eso es lo que temo! ¡Que alguien los avise y nos quiera cargar el mochuelo!

—No te falta razón. Conque hagámonos humo.

Abandonaron cuidadosamente el despacho de la Oficina de Gestiones Generales. Apenas dieron un par de pasos escucharon una voz autoritaria.

—¡Alto ahí!

Jerry gimió sin volverse, en un susurro:

—Aquí tienen policía femenina, Rex...

El joven se había dado la vuelta y comprobó que era la taxista llamada Leonor.

—No es un policía, Jerry. Es el amor de mi vida.

La joven morena los miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Creían que no los iba a encontrar? Rex sonrió con sus blancos dientes.

—¿Qué ocurre, corazón?

—Que me debéis dinero.

—¿Nosotros?

—¿No recuerdas que te dije que esperaría mientras me daba un baño en la playa?

—Pero con el contador del taxi fuera de medida.

—Bueno, lo detuve a los cinco dólares.

—¿Funciona con dólares?

—Quería decir el equivalente. ¿No quedamos en que sois americanos?

—Yo soy japonés —dijo el anciano, de pronto.

—Pagad o llamo al guardia. Rex se rascó la patilla

—Hagamos un trato, Leonor.

—Ya toco madera.

—Llévanos a buscar a dos tipos.

—¿Qué clase de tipos?

—Tú debes conocer a mucha gente con tu profesión de taxista.

—Por eso os he calado. Algo sucio os lleváis entre manos.

—Somos puros como palomas, cielo.

—Os he visto salir de esa maloliente Oficina de Gestiones que es un nido de ratas y delincuentes.

—Sólo hemos venido a pedir trabajo.

—¿Y qué os ha proporcionado el sinvergüenza rubio?

—¿Lo conoces?

—Rex, tú mismo has dicho que debo tener muchas relaciones debido a mi profesión. Y ese rubio es un granuja.

—Bueno, la verdad es que no lo hemos hallado.

—¿Se fue?

—Y creo que para siempre —tosió Rex. Leonor gimió de pronto.

—¡Todavía me debe una carrera del otro día!

—Dile adiós, Leo.

Leonor puso en marcha el taxi.

—Adiós también a vosotros, pareja.

—Espera.

—¡No hay más crédito!

—Voy a pagarte los cinco dólares. Ella alzó las cejas sorprendida.

—¿De veras? —Luego sonrió—. Estaría bueno que me equivocara. Que fueras un buen tipo.

—Lo soy... Lo somos: Jerry y yo.

—¿Adónde os llevo?

Los dos socios entraron en el vehículo.

La mujer arrancó en segunda porque al viejo taxi no le entraba la primera. Los viajeros golpearon las cabezas contra el duro asiento.

—Buscamos a dos tipos mestizos, Leonor.

—Aquí hay muchas razas. Yo misma tengo sangre latina.

—Los fulanos sabemos que se llaman Oscar y Argos. Así se nos presentaron.

—¡Oscar y Argos!

—¿Qué pasa con ellos?

—Son los dos individuos más despreciables de los bajos fondos.

—De modo que te resultan familiares.

—Y tanto. Un día alquilaron mi taxi para llevarme a las afueras y

violarme. Rex carraspeó.

—¿Lo consiguieron?

—Ni hablar. Llevo una pistola de gas en la guantera. Les rocié los ojos y estuvieron dos días ciegos.

—Habrán escarmentado.

—Eso espero —Leonor detuvo el vehículo.

—¿Qué pasa? ¿Se te acabó el combustible?

—Los tipos Argos y Oscar viven juntos en aquel barracón hecho con hojalata de depósitos de aceite.

Rex abrió la puerta.

—Aguarda un instante.

—¿Tomando otro baño? —dijo ella irónica.

—Esta vez saldremos pronto.

—Así lo espero. Porque ya me debéis ocho dólares.

Los dos socios caminaron hacia el cochambroso barrio en donde pululaba gentuza de todas clases, incluyendo gallinas sueltas que picoteaban en los montones de desperdicios.

Dieron la vuelta por la parte de atrás del barracón y Rex pateó sin miramientos la puerta.

Como estaba confeccionada con tablas de cajones viejos saltó en pedazos, y se colaron dentro.

Los mestizos Oscar y Argos se hallaban en sendos camastros y saltaron a la par al ver a los recién llegados.

Oscar hizo un rápido movimiento y extrajo de debajo de la colchoneta una Magnum modelo Python, cuyos proyectiles habrían sido capaces de dejar seco a un elefante.

Pero Jerry se hallaba bien dispuesto y de un puntapié arrebató la pistola de la diestra de Oscar, quien maldijo a más y mejor.

El arma resbaló por el suelo y, al chocar contra la pared, se disparó produciendo un trueno enorme.

La bala hizo un agujero en la pared donde habría cabido un puño.

Entretanto, Argos sacó un machete de considerables dimensiones, pero no le sirvió de nada porque Rex le golpeó los nudillos con un taburete y lo desarmó.

Rex aprovechó el asiento para descansar e interrogó:

—Hay dos modos de hacer las cosas, señores. Los dos granujas se veían muy impresionados.

—¿Qué quiere? —dijo Oscar.

—Los dólares del rubio Fahrenheit Ese es uno de los modos. El otro consiste en machacarles la cabeza y luego registrar la cabaña.

—¡No tenemos un solo dólar!

—¿No, Oscar?

—Estamos en la miseria

—No me lo creo.

—¡Le juro que es cierto, míster!

—Malo.

—Tiene que creemos, señor Carter. Y usted también, señor Flaps. Y no me pregunten otra vez cómo conozco sus nombres. Recuerde que estuvimos escuchando en la puerta de la oficina del señor Fahrenheit cuando ustedes se nos anticiparon y nos birlaron el trabajo.

—Fahrenheit está muerto. Y ha sido robado. Los dos granujas se miraron desconcertados.

—No hemos sido nosotros, señor Carter. Lo juro.

Rex Carter pestañeó pensativo.

—¿Quién?

Como el anciano Jerry se acariciaba el filo de la mano, listo para descargarla como un hacha en el cuerpo de Oscar, éste se humedeció los labios.

—¿Quieren saber la verdad?

—A eso hemos venido. Oscar dio una cabezada.

—Al diablo con todo. Hablaremos, aunque nos estemos metiendo en un lío.

—Estáis metidos en el lío. Conque, adelante. Oscar hizo una mueca.

—La realidad es que necesitábamos trabajar. El anuncio era muy bueno para nosotros.

—Sigue, Oscar.

—Y cuando ustedes nos lo birlaron y encima fuimos apaleados, salimos del patio del rubio y comenzamos a charlar.

—¿De qué?

—Del trabajo, del anuncio... y también de dos tipos bien trajeados que vigilaban la oficina.

—¿Qué clase de tipos?

—Uno era gordo y colorado de rostro. Tenía la nariz aplastada. El otro era un fulano todo huesos, nariz aguileña y ojos muy juntos. Daban respeto porque parecían dispuestos a todo.

—¿Qué más?

Oscar suspiró profundamente.

—Aquí vino el desastre, Rex Carter.

—¿Sí?

—Ojalá nunca lo hubiésemos hecho.

—Ponemos en combinación con el rubio Fahrenheit para investigar a los tipos.

—De modo que los seguisteis.

—Sí, Rex. Ese fue el trato con el rubio. Iba mes a meter las narices donde no nos llamaban. Y el rubio era detective.

—No te detengas y sigue hablando. Oscar emitió un gemido.

—Ello acarreó la muerte del rubio Fahrenheit. —Tras una dramática pausa, agregó—: Y también será nuestra muerte.

CAPÍTULO 5.

Rex se quedó mirando a los dos mestizos y se tironeó el lóbulo de la oreja, muy pensativo.

—¿Por qué crees que os va a llegar el turno de morir, Oscar? Todos moriremos algún día.

—Argos y yo nos hemos librado de milagro de unos cuantos disparos que nos han hecho en la calle del Lobo. Estoy seguro de que van a por nosotros.

—¿Qué descubristeis el rubio muerto y vosotros? Oscar se miró una mano temblorosa.

—Fahrenheit nos propuso una labor de investigación debido a su calidad de detective. Nos repartimos el trabajo. De modo que seguimos a los dos fulanos de marras, el gordo y el huesudo bien vestidos. Cuando los perdíamos de vista Argos y yo, Fahrenheit tomaba su turno y se convirtió en su sombra. Fue el rubio muerto quien debió descubrir algo importante porque ha muerto primero. Pero ahora quieren incluirnos en el lote por si sabemos lo mismo que él.

—¿Qué infiernos sabéis vosotros? —exclamó Rex impaciente. Oscar respiró con fuerza.

—Vimos entrar a los dos individuos bien vestidos en la Clínica Mirasol.

—¿Clínica Mira...? ¿No es ése el lugar adonde acuden los millonarios para curarse de sus males?

—Sí. Y los tipos hicieron varias visitas. Fue cuando nos descubrieron a nosotros. Y les hizo muy poca gracia. Luego vinieron los disparos, y lo hemos contado de milagro.

Rex dio unas lentas cabezadas.

—Daremos con esos pájaros. Uno gordo de ojos claros, nariz rota y rostro colorado. Y el otro huesudo, nariz aguiña y ojos muy juntos. Bien vestidos.

—Y con joyas en los dedos. Anota eso, Rex. Nosotros vamos a convertimos en humo antes de que sea demasiado tarde. O sea, desapareceremos por una larga temporada.

—No está mal pensado. —Rex abandonó su asiento y se incorporó—. Mientras, nosotros tendremos una conversación con los dos elegantes.

—Los hallaremos, aunque haya que buscar en el centro de la Tierra —agregó Jerry. Una voz aflautada dijo desde el hueco de la puerta: —¿Para qué buscarnos tan hondo? Ya nos tienen acá. Todos se volvieron hacia la voz atiplada.

Rex vio a un gordo de cara roja y ojos claros.

El otro correspondía a la descripción que había hecho Oscar, coincidiendo en la nariz aguileña y ojos muy juntos.

Vestían impecablemente. Ludan joyas en los dedos.

Y también se adornaban con sendas pistolas de enorme tamaño. Rex trató de conservar la serenidad.

—Pasen, hermanos. Este apartamento es muy cómodo, aunque tiene averiado el aire acondicionado.

—Cierre el pico, amigo.

—Me llamo Rex Carter.

—Y yo Boris. Mi acompañante es El Largo.

—Mucho gusto, Boris y El Largo.

Boris tenía una expresión de mal humor.

—Hemos escuchado sus últimas palabras, Carter. Ustedes no tenían por qué buscarnos ni meter las narices donde no los llaman. Lo mismo que hicieron estos dos desgraciados y el rubio Cuello Cortado.

—Sospechamos que ustedes le han hecho el trabajo de garganta.

—Y también vamos a liquidar a estos dos perros.

—¿Por qué?

—¿Cree que soy un disco rayado, Carter? Se lo repetiré.

Querían saber demasiado. Se pusieron a jugar a los detectives. Tal vez trataban de chantajearnos. Pero les salió mal.

Rex echó una ojeada a su reloj y dijo:

—Muy bien. Es asunto de ustedes. Adiós. ¿Vamos, Jerry?

—De mil amores —dijo el viejo trotando desde su rincón.

—Alto ahí o le damos gusto al gatillo —interrumpió el gordo los movimientos de los dos socios.

Rex alzó las cejas.

—¿Qué pasa? Nosotros no tenemos nada que ver con su asunto.

—Sí. Porque los hemos sorprendido haciendo preguntas y tratando de husmear en nuestras actividades. Ustedes debieron dedicarse a su trabajo nuevo, caballeros.

—¿Cómo sabe que trabajamos, Boris?

—Mire, Carter. Revisamos los archivos de trabajo del rubio degollado y vimos que ustedes habían conseguido un trabajito de guardianes en una mansión.

—Ya.

—Y por ese camino debieron seguir. Nada de averiguar el porqué de la muerte del rubio.

—Nos debía cuatrocientos dólares y pensamos que estos pájaros lo

habían degollado y se había llevado nuestro dinero.

—Cuentos, Carter.

—Pregúntele a Oscar.

—Ya oímos suficiente desde afuera. Ustedes pidieron nuestra descripción y querían también buscamos hasta el centro de la Tierra. Conque ahora no tenemos más remedio que hacer limpieza general.

—¿Van a barrer y fregar este nido de ratas?

—Oiga, Carter. No se haga el tonto. Vamos a “limpiar todo esto con plomo caliente. Y ustedes entraran en la liquidación de final de mes.

—Eh, Boris. Nada de dramatismos...

Boris se rascó el carrillo con el cañón de la pistola.

—Rex, tú y el viejo nos habríais seguido, sorprendido, interrogado. Y quizá nos hubiésemos visto en la necesidad de contaros acerca de nuestros negocios. Sabéis hacer hablar a la gente. Y así seguiría el hilo hasta que encontrarais el que maneja todo este enredo que llevamos entre manos.

—De modo que tenéis un jefe —dijo Rex tratando de ganar tiempo.

—Todos tenemos jefes en este mundo, muchacho.

—¿Quién es el vuestro?

El Largo empezó a abrir la boca para intervenir, pero Boris le sacudió un golpe con el revés de la mano.

—Cierra el pico, Largo. Eres un bocazas que ya ibas a meter la pata.

—Es que si los tipos van a morir...

—A veces hablan desde el Más Allá. Rex los miró de reojo.

—Eh, ¿no tendrán algo que ver con Elmer Fallon?

—¿Te refieres al conocido vidente que está de paso por la ciudad?

—Boris rió—. No, infiernos. Dicen que el tipo es un fulano muy honrado. Incluso tiene fama mundial. Es cierto, según dicen, que puede hacer hablar a los muertos. Conque no están de más las precauciones.

Rex suspiró como si quisiera poner punto final a la conversación.

—Bien, amigos. Ahora ya está todo claro.

—¿De veras?

—Todos cerraremos el pico y se acabó. Boris sonrió siniestramente.

—Ahora os lo cerraremos a todos.

—¿A los cuatro?

—Ese es el plan.

—Por favor. Nada de violencias.

—Adiós, amigos.

Rex se vio de veras alarmado, porque los cuatro se hallaban frente a las armas de los dos matones y era imposible saltar hacia ellos.

Se acordó de la Magnum Python del rincón, pero comprendió que por mucha prisa que se diera en empuñar el arma, los tipos lo cazarían como a un conejo cuando gateara por el suelo en su búsqueda.

Y en eso ocurrió el milagro.

Tras Boris y El Largo apareció la taxista Leonor hecha una furia.

—¿Cuánto debo esperar más? —gritó. Aquello distrajo un segundo a los dos fulanos.

—¡Al suelo! —gritó Rex. Y saltó hacia el Magnum.

Rodó por el suelo y la atrapó justo a tiempo.

La ratonera donde se hallaban se convirtió en un infierno. Boris y El Largo maldijeron a coro y abrieron fuego en abanico.

Rex gatilleó una y otra vez hasta que el disparador se bloqueó por falta de balas. El efecto fue devastador.

Boris recibió varios impactos y pareció desinflarse de sus cien kilos.

El Largo también había sido alcanzado en el pecho y sintióse herido de muerte.

Corrió por la calle pegando chillidos y al ver el taxi de Leonor se coló dentro donde la muchacha se había refugiado en el asiento.

—¡Pronto! —gritó El Largo—. ¡Lléveme a la Clínica Mirasol! ¡Estoy muy grave!

Mientras tanto, en el interior del barracón la balacera también había hecho de las suyas. Los dos mestizos habían recibido sendos plomos y habían quedado en grotescas posiciones sorprendidos por la muerte.

Rex corrió hacia el anciano y gritó:

—¡Jerry! ¿Estás bien?

—He muerto —gimió el anciano, lleno de espanto, aunque sólo había recibido un rasguño.

—Huyamos de aquí.

—Como los cohetes, Rex —Jerry corrió en pos de su amigo.

Se aproximaron al taxi y vieron que estaba ocupado por un muerto: El Largo.

Leonor se veía pálida de espanto.

—¡Ha fallecido ahí sentado! ¡Mientras me pedía que lo llevara a la Clínica Mirasol! Rex dio un respingo, abrió la puerta y empujó el cadáver con el pie por el otro lado.

—Vayamos hacia allá, querida.

Ella asintió mecánicamente, y arrancó de un brinco.

—¿A la clínica?

—Jerry tiene un araño.

El anciano gemía, asido el brazo con la mano libre.

—No tiene importancia, Rex. Se curará con tintura de yodo.

—Quiero echar un vistazo a ese hospital y ya tenemos una excusa. Leonor sacó partido al motor pisando a fondo el acelerador.

A lo lejos se escuchaba la sirena de la policía, que se detenía en el lugar de los hechos.

Jerry había sido atendido en la sección de urgencias de la Clínica Mirasol.

Había sido anestesiado, curado, cosido y todo sólo por una pequeña herida de apenas dos dedos de extensión y unos milímetros de profundidad.

Una enfermera rubia atendió a Rex y le mostró la mejor de sus sonrisas.

—Son quinientos dólares, señor. Rex se inclinó sobre el mostrado

—¿Quinientos... qué? —gritó.

—Dólares. Admitimos cheques de viajeros. Porque sin duda ustedes están de paso.

¿Turistas, tal vez?

—Pobres de profesión.

Ella rió con ganas. Era encantadora y Rex le habría dado un tratamiento especial en otras circunstancias. Ahora masculló: —Quiero ver al director.

—Oh, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Está reunido.

—Ahora desconvocaré la reunión.

—¡Oiga! —gritó la joven.

Pero ya Rex corría hacia las escaleras lujosas de la clínica que conducían al primer piso. Se guió por un letrero que decía “Dirección —Privado”.

Rex nunca se había detenido ante aquella clase de carteles y empujó dos cosas: un tipo que quiso impedirle la entrada y una puerta de roble cuyo pestillo saltó.

Un enorme despacho contenía tan sólo a dos sujetos. Uno era muy grueso de doble papada y escaso cabello.

El otro vestía elegantemente y ocupaba el sillón del escritorio. Tenía el cabello rizado y unos cuarenta años. Moreno.

Se revolviéron alarmados al ver entrar al joven.

—¿No ha visto el letrero de privado? —dijo el del escritorio.

—Tengo cataratas y vengo a curarme de la vista.

—Oh

—Y de paso a protestar.

—¿Protestar?

—Acabo de traer a un amigo para curarle un rasguño y quieren sacarme quinientos machacantes.

El del cabello rizado alzó la barbilla.

—Se halla en la mejor clínica del país, caballero.

—Pues es un robo.

El gordo de la doble papada tosió poniéndose muy rojo e intervino:

—Soy el alcalde de la ciudad, caballero.

—Mi nombre es Rex Carter.

—El mío Felipe Gasedo. Y éste es el doctor Bruno Da Silva.

—Estupendo —dijo Rex—. Me quejaré de paso a usted que es la autoridad municipal, señor Gasedo.

Da Silva sonrió con unos dientes prietos y parejos.

—Tal vez podamos arreglarlo, señor Carter.

—Difícil lo veo si quieren sacarme los quinientos.

—Podrán trabajar en las cocinas. Andamos escasos de personal. Con ello, pagarán la asistencia médica.

—No sé freír ni un huevo, doctor. Da Silva se echó a reír.

—Usted tiene un sentido muy especial del humor.

—Sobre todo cuando quieren sacarme quinientos dólares por arreglar un arañazo.

—¿No será usted un sicópata, señor Carter?

—¿Se refiere a si estoy chiflado?

—Observo rasgos de agresividad congénita o adquirida en su actitud. Podríamos darle un tratamiento, después de la revisión a fondo, tan sólo por cinco mil dólares. Llamaré a los enfermeros de psiquiatría —No lo haga.

Pero Da Silva apretó un botón.

En eso, el viejo Jerry entró galopando en el despacho.

—¡Me han dicho lo de los quinientos pavos! ¡Es un timo, Rex! ¡Huyamos de esta cueva de ladrones!

—Compórtate, Jerry. Estás ante el alcalde señor Gasedo y el doctor Da Silva, director de la clínica.

Jerry asió la mano del gordo alcalde y la sacudió.

—Mucho gusto, señor “Gaseoso”. Y ahora, adiós.

Fue cuando entraron dos fornidos enfermeros con una camisa de fuerza. Se abatieron sobre los dos visitantes a una señal de Da Silva.

Pero éste no esperaba tanto de los pacientes.

Los enfermeros eran dos montañas humanas, que mostraban buena musculatura bajo sus mangas cortas.

Jerry golpeó a uno en el bajo vientre y le clavó el filo de la mano en la garganta. Rex recibió un mazazo bajo la oreja y se vio muy mareado.

Aunque todavía tuvo fuerzas para replicar con un puñetazo que resultó demoledor.

El enfermero que le tocó en suerte salió disparado hacia el pasillo y ya no regresó de allí porque estaba inconsciente.

El otro, acuchillado con la mano por Jerry, se ahogaba y se asomó precipitadamente a la ventana en busca de aire.

Lo hizo tan mal que se venció y cayó al jardín. Gasedo y Da Silva tenían los ojos como platos. El último exclamó: —¡Señor Carter! ¡Quedan contratados como enfermeros! ¡Nunca vi nada igual en su forma de manejar a dos forzudos!

Rex mostró una expresión dura, aproximando mucho su rostro al del

director.

—Ya tenemos trabajo. Y pagaremos. Da Silva enarcó las cejas.

—¿De veras?

—Somos empleados de Elmer Fallon.

—¿El vidente... el médium...?

—Sí.

Da Silva recuperó la sonrisa de dientes bien alineados.

—¿Por qué no lo han dicho antes?

—No me dieron oportunidad. Da Silva carraspeó.

—El señor Fallon también es cliente de esta clínica. Ahora le tocó a Rex el turno de sorprenderse.

—No me diga.

—Sí, hombre. Lo estamos tratando de artrosis en las rodillas. Con técnicas especiales, claro está. La verdad es que el señor Fallon se halla en la ciudad para recibir el tratamiento en la Clínica Mirasol. Esa es la razón de su estancia.

Rex quedó perplejo.

Da Silva aprovechó su titubeo y añadió:

—El señor Fallon y nosotros nos encargaremos de la factura de su anciano amigo.

—Eso es ponerse en razón.

Da Silva rió con ganas y estrechó la mano del joven.

—Todo arreglado, señor Carter. Ah, y no se preocupe por los golpes a mis enfermeros. Están recibiendo sacudones todo el día, porque también tenemos enfermos muy violentos. Conque punto final.

El alcalde también estrechó la mano de los dos peleones. Luego Rex y Jerry se despidieron y salieron de la oficina.

Se cruzaron con un tipo alto de cabellos color arena y ojos muy grises que se les quedó mirando con fijeza.

Luego, el tipo entró en el despacho y cerró la puerta.

—Hola, señor Murray —dijo Da Silva.

El tipo del cabello color arena estaba evidentemente impresionado.

—¿Saben quiénes son esos dos tipos?

—Sí —dijo el director—. Empleados de Elmer Fallon.

—Y también los que se acaban de cargar a balazo limpio a dos de mis agentes. El alcalde y el director se irguieron alarmados.

—¿Esos? —gritaron a coro.

“Cabellos Color de Arena”, llamado Murray, cabeceó preocupado.

—No me extrañaría que su visita a la clínica haya sido deliberada.

Y como los tres sujetos estaban metidos en algo muy sucio, se miraron silenciosos e inquietos.

CAPÍTULO 6

Elmer Fallon entró en su despacho envuelto en la bata de baño, porque acababa de salir de la piscina y ya tenía la piel tostada y seca.

Se echó en el sillón situado justo ante las cortinas.

De repente, notó el frío cañón de un revólver en su sien.

—¿Quién es? —dijo con rigidez—. No dispare.

—Soy un espíritu.

—¿Qué está diciendo? ¿Por qué quiere burlarse de mí?

—Adivine quién soy. Fallon seguía inmóvil.

—Usted es Rex Carter.

—Vaya, tiene poderes extraordinarios.

Fallon abatió la cabeza de cabello todavía húmedo.

—Recuerdo su voz desde la última vez que estuvo aquí, señor Carter.

—Menos mal que es sincero.

—¿Qué pretende?

—Colocarle una bala en la cabeza.

Fallon sintióse auténticamente alarmado.

—¿Por qué? —gritó.

—Por farsante.

Elmer Fallon se volvió ahora a pesar de la amenaza del arma.

—No soy un farsante.

—Rex contuvo una exclamación porque vio la sinceridad pintada en los negros ojos de aquel hombre, que pretendía tener contacto con el Más Allá.

—Tendrá que demostrármelo.

—Ya vio algo extraordinario la otra noche.

—Sólo le vi recitar una sarta de enredos con voz de mujer.

—Está equivocado respecto a mí, señor Carter.

—Cualquier ventrílocuo es capaz de hacer lo que usted nos montó.

—No, Carter. No hablo con el estómago.

—Ya. Habla por medio del espíritu.

—Aunque no lo crea, mis fenómenos son algo incontrolables. Caigo en trance y hablo según se me dicta.

—Me lo está haciendo creer. Elmer Fallon resolló con fuerza.

—Si cree que miento, puede apretar ese gatillo y volarme una oreja. Pero no me mate. Se convertiría en un inútil asesino.

Rex arrojó el revólver Magnum al fondo de un jarrón, después de limpiar sus huellas dactilares por simple precaución. Tampoco le hacía maldita falta, porque carecía de balas después del tiroteo en casa de Oscar.

Paseó pensativo a lo largo de la estancia bajo la serena mirada del vidente.

—Para que le crea, necesito que me lo cuente todo desde el principio.

Elmer tenía ahora unos documentos entre las manos. Eran certificados y recortes de periódicos.

—Puede leer lo que se dice acerca de mí en todo el mundo civilizado. Desde Oriente a Occidente.

Rex examinó rápidamente los papeles y enmudeció.

Constituían una amplia información de doctores versados en parapsicología, además de artículos en los periódicos más serios en los que se trataba de explicar las dotes paranormales del vidente.

Le llamó la atención una fotografía de Fallon con una mujer de agradable aspecto y cinco niños.

—Es mi familia —dijo Elmer Fallon—. Son el mejor testimonio de que no soy un farsante. Al menos, mis fenómenos son auténticos, aunque no tengan explicación para los escépticos.

—¿Dónde está su familia, señor Fallon?

—Se halla de vacaciones en Niza. Regresaré allá en cuanto haya terminado mi tratamiento en la Clínica Mirasol. Tengo artrosis en ambas piernas. Y quiero que me vean regresar completamente curado para poder jugar con mis hijos al béisbol.

Aquellos detalles familiares calaban muy hondo en el ánimo de Rex, quien cada vez estaba más convencido de que el vidente era un tipo sincero.

—¿Quién es Telma? —inquirió Rex, de repente.

Fallon empezó a abrir la enorme boca, pero de repente se echó a reír.

—Oh, no crea que es mi amante. Es una sobrina lejana de toda mi confianza. La tengo como secretaria. Por eso me ha acompañado en el viaje. Además, siempre procuro dar una sesión que otra allá donde voy porque me hace falta cubrir gastos.

—Pero aquí se dice que usted es un hombre adinerado.

—Nunca hay suficiente dinero para mantener a una familia con cinco hijos de seis a dieciocho años de edad.

—No tengo experiencia —gruñó Rex—, Soy soltero. Fallon seguía risueño.

—Ya lo cazarán un día, muchacho.

—Eso me temo. Pero, ¿qué infiernos? He venido a sonsacarle la verdad. No a hablar de la familia.

—Sonsáqueme.

Rex asintió de una cabezada.

—Quiero que me diga cuánto tiempo lleva aquí y cómo se inició el plan del robo. Fallon suspiró.

—Hace un mes aproximadamente que llegué. Me instalé en esta mansión porque recibo de cuando en cuando a mis consultantes. Ya le he dicho que debo ganar algo extra.

—¿Cómo empezó el asunto del atraco al banco por instrucciones de esa viuda Mendoza?

—A veces recibo mensajes del Más Allá inesperadamente. Incluso cuando me hallo solo.

—¿Cómo empezó lo de la Mendoza? —repitió Rex.

Elmer Fallon se pasó uno de sus gruesos dedos por debajo de la nariz.

—Mi secretaria me sorprendió en trance hace tres semanas. Alguna vez me sucede, Ella conecta una “cassette” y registra el mensaje. A veces son instrucciones cortas. O espíritus burlones que vagan por el espacio.

—No entiendo de esas historias, señor Fallon. Pero ¿no podría ser la viuda Mendoza un espíritu burlón?

Fallon denegó con la cabeza.

—La primera vez que recibí noticias de la señora Mendoza fue un mensaje corto y breve. Decía más o menos que tenía que llevar a cabo una venganza. La cosa se repitió varias veces. Telma conservó los mensajes en la misma cinta. Puede escucharla —Sería demasiado largo, señor Fallon. Abrevie la colección de mensajes y explíqueme punto por punto todo el asunto.

Fallon encendió un puro habano.

Lanzó una bocanada y ofreció otro cigarro al joven, quien rehusó.

—Después de tres mensajes, la viuda Mendoza planeó el robo al banco. Me sentí conmovido. Ella sabe que no puedo llevarlo yo a cabo. Conque indicó la Oficina de Gestiones Generales para que allí buscaran los delincuentes internacionales disponibles por estas tierras. Por supuesto, todo con la mayor discreción.

—El rubio que la dirigía será discreto para siempre. Y no le extrañe tener un contacto con él desde el otro mundo.

—¿Ha muerto? —exclamó Fallon.

—Lo degollaron. Y han muerto cuatro hombres más y todavía no hemos empezado la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Me refiero al robo. Bien, siga con las instrucciones de la Mendoza.

—Repito que ella misma me indicó esa oficina que dicen que es un lugar donde se barajan asuntos sucios. Conque el señor Fahrenheit buscó a los delincuentes disponibles: Tino Leopardi, Marcel Renoir y

Pepe Carpano. Usted ya los conoce.

—Los tengo calados.

—Pues bien, me los envió y ellos propusieron que necesitaban ayuda. De tal modo, que volvimos a pedir más personal a Fahrenheit y éste colocó el anuncio de dos hombres valientes. Por lo visto, usted y su socio, el anciano Jerry Flaps, fueron los elegidos.

—Siga.

—El resto ya lo conoce usted, señor Carter. Los convoqué en mi gabinete de contactos con el otro mundo. Ustedes escucharon la voz de la viuda Mendoza. Quedaron suficientemente sensibilizados para darse cuenta de que llevan a cabo una misión justa, aunque sea un robo.

—¿Ha comprobado la historia de la viuda Mendoza? Fallon lanzó una bocanada de humo.

—Tengo informes fidedignos del caso. Es cierto que fue expoliada, robada, hundida por la Corporación Municipal en combinación con el banco.

Rex se rascó la mejilla, pensativo.

—Lo siento mucho, señor Fallon. Usted parece un hombre sincero. Pero nunca he creído en espiritistas.

—Lo comprendo. Es cuestión de fe. Y no se lo puedo reprochar. Sin embargo, estoy seguro de que usted sabe que soy sincero en mi profesión.

—Eso es lo que me desconcierta. Usted es un buen tipo.

—¿Por qué no escucha las grabaciones? Así puede crecer su fe.

—El caso es que, sin fe o con ella, ya he puesto en marcha a los muchachos. Fallon alzó las cejas.

—¿Entrarán a pesar de todo?

—Daremos el golpe. Aunque sólo sea por curiosidad.

—Excelente.

—Leopardi ya tiene alquilada la furgoneta para abrir el agujero debajo que servirá para colocarlo justo sobre la tapa del alcantarillado.

—Siga, Carter.

—Luego la traspasará a Jerry para que conduzca con nosotros dentro. Mientras, Pepe Carpano enredará con aparatos electrónicos. Necesita desactivar posibles alarmas, utilizar un pequeño detector de metales, receptores de radio para informarnos de lo que sabe la policía, y demás cacharros.

—Lo están haciendo muy bien.

—La viuda Mendoza ha contratado a profesionales, señor Fallon. Este se pellizcó el puente de la nariz.

—Lo justo sería que el importe del botín pasara a manos de algunos herederos pobres llamados Mendoza.

—No trate de justificar un robo, señor Fallon. Ya me encargaré yo a su debido tiempo del tinglado.

—Sabía que podía confiar en usted mejor que en los otros.

—Y dio en el clavo, Fallon.

—Estoy seguro.

Rex soltó una seca risita, mientras meditaba, paseando de un lado al otro del despacho.

—Tiene gracia. Voy a hacer un agujero en un banco sólo por mera curiosidad.

—Tendrá su recompensa, muchacho.

—De momento estoy sin un centavo.

Fallon asintió y extrajo un fajo de billetes del escritorio. Arrancó quinientos dólares y los traspasó al joven.

—Ahora tome la grabadora y escoja un lugar tranquilo de la casa para escuchar los mensajes de la viuda Mendoza.

Rex cargó con un lector de “cassettes” y salió del recinto.

Dejó en la penumbra al vidente y se sorprendió de que ya daba cabezadas empezando a dormirse. Tal vez se hallaba bajo el efecto de algún somnífero.

Atravesó el corredor y escogió la habitación de la pelirroja Telma porque el lugar le resultaba familiar.

Se tumbó en la cama de la dama y conectó la grabadora.

La voz de la viuda Mendoza sonaba desde el otro mundo: “Elmer Fallon... Tengo un mensaje importante para usted.”

La voz era armoniosa, agradablemente femenina e invitaba a la meditación. Escuchó largo rato las sucesivas sesiones del vidente.

En eso, se abrió la puerta y entró Telma.

—¡Rex! —exclamó, alegre como unas pascuas.

Y antes de agregar algo más, comenzó a arrancarse el bikini húmedo inundando la habitación de vida y amor.

Rex pulsó el botón de la grabadora y la silenció.

Porque ya estaba harto del Más Allá y ahora pensaba algo mejor que puede hacerse en el Más Aquí.

CAPÍTULO 7

Jerry Flaps detuvo la furgoneta frente al Banco Internacional de Oriente.

Lucía una larga barba postiza y una peluca blanca que, juntamente con las gafas negras, le cambiaban el aspecto en evitación de posteriores identificaciones.

En el interior viajaban Rex Carter, Pepe Carpano, Marcel Renoir y Tino Leopardi.

Habían decidido dar el golpe al atardecer convencidos de que por la mañana resultaría muy arriesgado y, por la noche, muy sospechosa la presencia de una furgoneta solitaria. Abrieron el agujero practicado en el fondo del vehículo que había quedado justo encima de la tapa del alcantarillado.

Vieron la tapa y descendieron hacia ella.

Primero lo hizo Leopardi y luego Renoir, quien levantó la tapa sin dificultad porque se sirvió de una palanqueta especial. Apartó el círculo de hierro a un lado.

Después se coló por el hueco e hizo una señal.

Le fueron pasando el material, que no era poco. Botellas de oxiacetileno, un barril que contenía un producto destructivo del cemento y un montón de herramientas.

Rex quedó el último, mientras los demás descendían a las profundidades de la tierra. En eso, Rex quedó rígido al escuchar una voz autoritaria.

—¿Qué diablos le pasa a este cacharro? Rex se asomó y quedó helado.

Un guardia uniformado golpeaba las ruedas delanteras con el pie. Jerry soltó una sarta de maldiciones y respondió: —Siempre me la juega en el momento menos pensado...

—¿Quién se la juega, abuelo?

—Naturalmente, esta camioneta.

El policía miraba fijamente el vehículo.

—¿Qué lleva dentro?

—Mi casa.

—¿Su... qué?

Jerry rió, aunque un tanto nerviosamente, según dedujo Rex.

—Soy un turista que viajo de este modo. Llego a una ciudad y

alquilo una camioneta cerrada. Duermo dentro y voy de camping a todas partes. Así me ahorro en hoteles.

—No es mala idea.

Jerry trasteaba en el motor que previamente había cortocircuitado con un “clip” en el distribuidor para que ningún policía—mecánico diera con la avería.

—Bueno. Ya sé cómo revisarle las tripas a este bastardo de cuatro ruedas. El guardia iba a montar en su motocicleta y gruñó de repente: —Quiero mirar adentro. Jerry tragó aire sin querer.

—¿Dentro? —No hay nada. He dejado mi colchón con la tienda de campaña en el bosque.

—Quiero mirar — insistió el guardia.

—No.

El policía sonrió aviesamente.

—No, ¿eh?

—El techo es muy bajo y podría darse un golpe en la cabeza.

—Probaré y andaré con cuidado.

—No se lo aconsejo, muchacho.

—¡Abra, condenación!

Jerry resopló y se encomendó al Cielo.

Esperaba que los muchachos hubiesen vaciado los cacharros por el agujero del piso del vehículo y se habrían esfumado todos por la alcantarilla.

—Está abierto, oficial —dijo Jerry, masculando una oración—. Pero procure abrir sólo una puerta, porque la izquierda se encaja.

Pretendía que el oficial asomara sólo lo justo en el interior y no se percatara del agujero del piso.

Pero el hombrón trepó al interior.

—Demonios —exclamó—. ¿Para qué es este agujero en el piso?

—¿Ha dicho agujero?

El oficial se volvió con los ojos cargados de sospecha. —¡Y está sobre una alcantarilla que veo mal cerrada! ¡Oiga, esto me huele muy mal!

—Calle, hombre... Todo tiene su explicación.

El guardia apoyó la mano en la culata de la pistola reglamentaria.

—Empiece a hablar.

Jerry se coló dentro y le enseñó un puño.

—¿Sabe cómo identificar los meses de treinta días de los de treinta y uno?

—¿Qué dice? — gritó el policía.

—Usted puede usar los nudillos para saber los días que tienen treinta días.

—¿Me está tomando el pelo?

—Naturalmente, guardia.

—¡Maldición! Tiró de la pistola.

Pero Jerry lo golpeó secamente en el mentón.

El tipo era duro, pero no pudo resistir aquella coz de mula. Se tambaleó y fue cuando Jerry le aplicó una llave en la nuca que más bien parecía la de un toro.

El policía perdió el conocimiento.

Jerry le apretó los nervios cervicales y lo acabó de dormir según una técnica de kung-fú. Luego arrastró el corpachón hacia el fondo de la furgoneta, lo cubrió con una bolsa de yute para que no se enfriara y le colocó bajo la cabeza una caja vacía que le servía de almohada.

Descendió del interior, cerró las puertas y acudió a la cabina.

Se dedicó a rezar con toda su alma porque nadie era capaz de llevar a cabo un robo con un policía desmayado dentro de una furgoneta.

—Espero que duerma un par de horas por lo menos —gimió.

Habían localizado el muro del banco que descendía hasta el corredor del alcantarillado. Rex estaba de muestra ante la habilidad de sus compañeros. También le preocupaban Jerry y el guardia. Aunque sabía que Jerry era muy hábil para enfrentarse a aquellas situaciones.

Tino Leopardi vestía un guardapolvo y lanzaba chorros de una pasta líquida sobre un círculo dibujado en el muro de la cámara bancaria.

El cemento se resquebrajaba como por encanto.

Carpano, el mecánico y experto en electrónica, taladraba con un compresor portátil movido a gasolina que apenas hacía ruido.

El cemento saltaba como la pasta dentífrica bajo el efecto del líquido de Leopardi y la punta de acero del compresor.

El tiempo corrió y finalmente abrieron una especie de túnel.

—¡Tocamos hierro! —exclamó alegremente Leopardi aunque Rex, que no entendía demasiado de aquellas cosas, le pareció una mala noticia. Ahora fue Pepe Carpano quien enchufó un soplete conectado con una goma a las botellas de gas.

La llama brilló con fuerza y Carpano se protegía los ojos con unos anteojos muy negros. Tampoco tardó demasiado en abrir brecha y empujó la pieza recortada por el fuego hacia adentro del túnel abierto en el muro.

—Ahora todos adentro, muchachos —dijo.

Todos se colaron a gatas por el hueco, uno tras otro.

Entraron en una sala cuyas paredes estaban sembradas de cajas, aunque el recinto no era demasiado grande.

Fue el experto en cerraduras Marcel Renoir quien entró en acción con ganzúas y llaves maestras.

Comenzó a abrir cajas.

En eso, Carpano, el de los aparatos electrónicos, lanzó una maldición y escuchó por un auricular que portaba en la oreja izquierda.

—¡¡Hay un policía arriba!! El grupo se volvió hacia él. Rex lo asió por un brazo.

—Tranquilo. Jerry sabe tratar a los policías.

—¡Tenemos una motocicleta con radio que está recibiendo una llamada!

—Vamos a darnos prisa —dijo Rex.

Entretanto, arriba el viejo Jerry captó la llamada del vehículo de dos ruedas del guardia y descendió de la cabina de la furgoneta.

Asió el transmisor y dijo:

—¿Quién infiernos llama?

—¿3Z02?

—Me llamo Macaurius —dijo Jerry a través del micrófono—. Y si pregunta por el policía, debo decirle que ha tenido que abandonar el puesto porque tiene un cólico.

—¿Cómo?

—Está indispueto y acaba de entrar en los lavabos del Emperateur. Soy el guardacoches de la esquina que estoy custodiando la moto.

—De acuerdo, dígame al agente que llame con urgencia a jefatura.

—Okay.

Jerry dio un golpe de karate y averió el transmisor.

Engulló saliva, porque todo lo que estaba haciendo podía costarle varios años a la sombra.

Carpano se echó a reír al ajustarse el auricular al oído.

—Ese abuelo es el mismísimo demonio. Se ha deshecho del guardia. Rex gruñó satisfecho:

—Prosigamos.

—Ya no hay nada que proseguir, caballeros —anunció el cerrajero Renoir—, Aquí no hay un centavo.

—¿Cómo? —exclamaron todos a coro. Renoir tiró las llaves al fondo del maletín.

—El contenido de las cajas es simplemente una colección de acciones nominativas. Son títulos que no podemos robar, porque no nos servirían de nada.

—Eh, habrá títulos al portador —dijo Rex.

—Pero estarán debidamente registrados por su numeración y de poco nos valdrían. Nos localizarían inmediatamente. Además, yo vine en busca de pasta. Y no hay ni un centavo. Sólo acciones y algunos documentos particulares.

Carpano perdió el control de sus nervios y chilló revolviendo las cajas.

—¡Maldición, no puede ser! ¡Todo el trabajo perdido!

—Calma —dijo Rex.

—¿Que me calme? —gritó Pepe Carpano—. ¡Pensaba salir de aquí rico y ahora salgo más pobre porque he gastado en material mis

últimos dólares!

Tino Leopardi también se mesaba los cabellos, que generalmente llevaba engomados. Daba patadas de rabia en el suelo.

—Algo me decía que iba a salir mal.

Pepe Carpano se arrancó el auricular del oído con furia.

—Creo que toda la culpa la tiene el bastardo de Elmer Fallon. Ustedes ya saben que yo era el único incrédulo en la reunión. Pero me convencieron con sus mojigangas. Ustedes y sus espíritus, su carácter romántico, su... imbecilidad. Le voy a saltar los dientes al caradura Fallon.

—Fallon es un tipo sincero —arguyó Rex. Lo miraron perplejos.

Carpano se golpeó la palma de la mano con el puño.

—Está loco. Eso es. Fallon está chiflado.

—No, señores. Debe existir un error...

—¿Quieres decir que nos hemos equivocado de sala? No, Rex. Esta es la única cámara que desciende hasta el alcantarillado. Lo he comprobado previamente.

—Pues algo no encaja.

—Yo le encajaré un buen puñetazo al farsante de Fallon.

—Insisto en que no es un farsante.

—Nos ha tomado el pelo. Rex se rascó la patilla

—Hablaremos con él y le invitaremos a que nos indemnice los gastos. De hecho, a mí ya me entregó quinientos dólares.

—A nosotros tendrá que pagarnos unos miles o nos enfadaremos de veras con él — insistió Carpano.

Rex apuntó al techo.

—Podríamos seguir perforando y llegar hasta las cámaras más altas. Ahora fue Tino Leopardi quien desgranó un gemido.

—¿Están viendo lo que es trabajar con inexpertos? Rex cree que podemos andar haciendo agujeros por todas partes. Ya no tenemos gas, ni material... En fin, Rex. No sabes nada de esto. Lo siento. Larguémonos de aquí.

El experto en electrónica Pepe Carpano se había ajustado de nuevo el auricular y exclamó:

—¡Y tenemos que volar muy aprisa! ¡He captado un mensaje policial y vienen a ver qué le pasa al agente que se encontró Jerry arriba!

Todos se precipitaron hacia la salida.

No se despojaron ni de los guantes que llevaban para evitar dejar huellas. Abandonaron el material en la sala maldita.

Poco después trepaban a la furgoneta de Jerry por el agujero del suelo.

Cuando vieron al policía durmiendo en un rincón se les pusieron los pelos de punta. Lo sacaron entre Carpano y Renoir y lo depositaron

junto a la motocicleta.

Luego Rex se asomó por la rendija que comunicaba con el cogote del conductor y gritó:

—¡Arranca de una vez, cazador de policías! El anciano no se hizo esperar.

Como el vehículo era de gasolina huyó calle abajo. Pronto escuchó una sirena policial a sus espaldas. Apretó el acelerador a fondo.

Salió a las afueras de la ciudad.

Y buscó la zona más desértica y llena de vegetación. El coche de la patrulla los seguía de cerca.

Pero no contaban con la experiencia del viejo que estaba al volante.

Este hizo un quiebro en una curva y se coló por un camino secundario atestado de árboles.

Vieron el vehículo de la policía que pasaba de largo y todos respiraron con fuerza, aliviados.

Y como puestos de acuerdo, abandonaron la furgoneta y cada cual salió por su lado para perderse en el bosque.

Entretanto, por uno de los corredores de la alcantarilla apareció el hombre de los cabellos de color de arena, llamado Murray.

Era el hombre que estaba negociando con el doctor Da Silva de la Clínica Mirasol y el alcalde Felipe Gasedo.

Se coló por el túnel abierto en la pared y entró en la sala recién abandonada por los frustrados ladrones.

No tardó mucho en hallar lo que buscaba.

Se trataba de un portafolios abierto, destripado por los asaltantes en busca de dinero. Murray se acarició los cabellos color arena y sonrió.

Cargó con el portafolios después de cerciorarse de que los “videocassettes” que debía contener estaban a buen recaudo.

Salió del agujero para hallarse otra vez en el corredor del alcantarillado. Pero no utilizó la tapadera de la salida que había dado acceso a los ladrones.

Se dirigió en dirección contraria y anduvo largo rato por el estrecho corredor. Finalmente, trepó unas escaleras y empujó una puerta que habían abierto desde afuera. Se hallaba en una especie de corral que pertenecía al Ayuntamiento.

El alcalde Gasedo y el doctor Da Silva esperaban sonrientes, sobre todo al ver que asía el portafolios con la diestra.

—¡Lo halló! —exclamó el alcalde riendo. Murray permanecía cejijunto.

—No me costó demasiado.

El alcalde seguía riendo con ganas.

—Y pensar que esos imbéciles se han dejado un portafolios cuyo contenido vale cinco millones de dólares!

El doctor Da Silva se vio contagiado de la risa cuando examinaron el

contenido del portafolios.

Los rollos de los “videocassettes” también hicieron brillar los grises ojos de Murray. Pero no sonrió porque era un tipo que nunca lo hacía.

CAPÍTULO 8.

Elmer Fallon se sujetaba ambas manos con la cabeza y se veía anonadado.

—Cielo Santo... No puede ser...

Rex paseó por el despacho evidentemente furioso.

—Pues ha sido, señor Fallon. Usted se ha equivocado. Ha oído voces del otro mundo que le han tomado el pelo.

—Es imposible.

—Ya puede esconderse en un agujero, señor Fallon. Los muchachos están enfurecidos y quieren darle una paliza por farsante. Además, han gastado todos sus ahorros.

—Yo les daré el dinero, Carter —dijo Fallon, mientras en sus ojos se leía la duda—.

¿Habré perdido dotes o me estaré volviendo loco?

—Usted sabrá, señor Fallon. Pero los chicos necesitan pasta. Están en el dique seco. Elmer extrajo el fajo de billetes y lo arrojó sobre la mesa.

—Tome el dinero que sea, Carter. Rex Carter entrecerró los ojos.

Evidentemente, aquel hombre era sincero.

No tenía inconveniente en pagar en metálico lo que consideraba un error en sus ciencias ocultas.

Rex despellejó unos billetes.

—Veremos si se conforman con quinientos pavos cada uno. Y también he de ver dónde los localizo.

—Sólo sé dónde se halla Pepe Carpano.

—¿El tipo de la electrónica?

—Está en una granja abandonada de las afueras que se llama La Furiosa. Allí estará escondido.

—¿Lo sabe por sus dotes paranormales o por información adicional?

—Simplemente, me lo dijo él.

Rex fue hacia la salida del despacho.

—De acuerdo. Allá me voy. Un momento, ¿qué clase de tratamientos le dan en la Clínica Mirasol? Me refiero a su artrosis.

—¿Por qué lo pregunta?

—Tengo una premonición.

—Dígamela.

—No puedo. Sólo es una hipótesis que me está bailando en la

cabeza. Fallon entrecerró los ojos.

—Me sumergen en una tina de baño con aguas sulfurosas. También hay unos electrodos que facilitan el masaje en las rodillas. Luego, me inyectan un medicamento anestésico en las articulaciones.

—¿Cuánto tiempo pasa allí? Elmer Fallon esbozó una sonrisa.

—A veces el tiempo corre muy aprisa.

—Está bien. Le daré vueltas a ello.

—Cierre la puerta despacio, Carter. Tengo un fuerte dolor de cabeza y acabo de tomar mi pastilla. Voy a dormir.

—Usted toma muchas pastillas.

—Me las recetan los doctores de Mirasol. Conque deben ser buenas por el precio que cuestan. A cinco dólares el sueño.

Rex sonrió de lado el chiste del vidente y salió.

Entró decididamente en la habitación de Telma sin llamar a la puerta. La pelirroja se revolvió irritada.

—¿No sabe pedir permiso, señor Carter? Rex cerró la puerta con el pie.

—¿A qué vienen tantas ceremonias, cielo?

—Le prohíbo que me llame “cielo”, señor Carter.

El trató de enlazarla por la cintura, pero ella le lanzó una tarascada que por poco lo alcanza en el rostro.

—¿A qué se debe ese cambio?

Telma alzó la barbilla orgullosamente.

—Por lo visto el señor piensa que puede tomarme o dejarme a su gusto.

—No entiendo.

—Creí que yo era el amor de su vida.

—Y lo eres, Telma. Estoy por tus huesos. Lo tengo ya muy meditado. Telma pegó rabiosamente con el pie en el suelo.

—¿Y esa morena del taxi? —gritó.

—¿Qué pasa con ella?

—He visto desde la ventana que ella te trajo aquí. Y en vez de pagarle la carrera, le has dado un beso en los labios a través de la ventanilla.

—Demonios, tienes vista de lince.

—¿Crees que soy tonta?

—No, cariño.

—¿Entonces?

Rex se pasó el dedo por debajo de la oreja.

—Le debo dinero a la muchacha. Es una buena chica. Pero le pagaré en metálico en vez de darle otro besito. En realidad, es como una hermana.

—Menuda hermana.

—Es una santa. Lleva el taxi de su tío enfermo del hígado. Telma

tenía llamas en los ojos.

—¡Esa jamás ha tenido un tío enfermo! ¡La conozco porque alguien que sabe Su vida dice que utiliza el truco para embaucar a los turistas! ¡Así saca más propinas!

—Demonios.

—Siempre ha llevado el taxi ella solita. Rex cabeceó cejijunto.

—De acuerdo. Y a aclararé el enredo. Adiós.

—Rex...

Él se volvió con el pomo de la puerta en la mano.

—¿Me prometes no besar a ninguna otra más que a mí?

—Trae una Biblia y lo juraré.

—Ven —dijo la pelirroja susurrante.

—Lo siento. Tengo prisa.

Telma pegó una fuerte patada en el suelo.

—¡Pero toma otro taxi o no vuelvas más por aquí! Rex le lanzó un beso por el aire y se marchó.

Cuando Rex alcanzó la avenida, Leonor, la chica del taxi, se había largado sin esperarlo. Conque hizo auto stop y un sujeto que conducía una camioneta descubierta lo montó. El tipo repartía huevos por la comarca.

Rex preguntó por una granja llamada La Furiosa y el tipo del volante la conocía.

—No tardaremos en llegar muy cerca. Tendrá que entrar usted solito por el camino porque este vehículo se vendría abajo en el sendero. Es un lugar abandonado.

Diez minutos más tarde, Rex descendió del vehículo, dio las gracias y enfiló por el sendero lleno de baches.

Un letrero caído anunciaba que aquello fue la granja La Furiosa.

Rex golpeó la puerta principal y la voz desagradable de Pepe Carpano respondió desde dentro:

—No hay nadie.

—Soy Rex Carter.

El tipo tardó un momento en abrir y luego lo hizo con muchas precauciones, mostrando una pistola.

—¿Qué infiernos quieres, Rex?

—Vengo a pagarte gastos de negocios.

—¿De veras?

—Fallon reconoce que está desconcertado y no quiere que perdamos la plata.

—No me lo creo.

Rex mostró el dinero.

—¿A qué vienen tantas precauciones?

Pepe Carpano arrugó el rostro. Había perdido el ánimo y se veía derrotado.

—No hace ni una hora que un tipo quiso atropellarme con su coche.
—¿Un tipo?
—Bueno, la verdad es que eran dos. Ni se detuvieron, aunque el policía que lo vio todo les tocó el silbato.
—¿Tomaron la matrícula?
—Eso es lo malo. El agente es tan corto de vista como yo. Huyeron. Por eso tomo medidas precautorias.
—Nunca está de más, Pepe.
—¿Ha reconocido Elmer Fallon que se equivocó en sus espíritus?
—Te repito que está desconcertado.
—Y yo.
—¿Por qué, Pepe?
—¿Por qué querrán matarme?
—Tal vez fue un accidente. Hay tipos que no quieren verse en complicaciones y se dan a la fuga en un caso parecido.

—No cuela, Rex.
—¿Qué estás pensando? Te veo meditativo... Pepe se paseaba por la estancia.

En un momento dado se detuvo frente a la ventana. Y entonces sucedió.

Sonaron dos detonaciones.
Las balas atravesaron el cristal y Pepe recibió los impactos en el pecho. Sus ojos se abrían al máximo.

—¡Lo hicieron Rex!
El joven socio de Jerry lo agarró antes de que se precipitara en el suelo.

—¿Por qué, Pepe? ¡Dime lo que pensabas antes...!
—Ya. Antes de morir. Porque de ésta me muero, Rex.
—Me estoy refiriendo antes de que te desmayes —Rex lo depositó en el camastro y tomó la pistola del delincuente internacional experto en electrónica.

Los dos tipos que habían disparado retrocedían entre los árboles.
Rex deseaba capturar a uno vivo y salió corriendo de la casa, el cuerpo encogido y esquivando una ristra de balas.

Disparó al tiempo que se arrojaba al suelo. El tiroteo duró unos segundos.

Los dos asesinos se abatieron.
Entonces, Rex se aproximó a ellos, pero se llevó la mayor desilusión de su vida. Los dos habían muerto con una bala en el centro del pecho cada uno.

Arrojó el arma a una charca y volvió otra vez corriendo a la casa. Pepe se ahogaba en sangre.
—Te sacaré de aquí, Pepe —dijo Rex—, Vas a ponerte bien.
—Sí, mañana...

—¡Te llevaré en brazos! ¡Esos tipos deben tener su coche aparcado en la carretera! Pepe denegó con la cabeza.

—Me estoy muriendo, muchacho.

—No, infiernos.

Pepe soltó más sangre por la boca.

—Sabían que yo... Vi unos “videocassettes” en la cámara del banco... Eso era... Ellos calcularon que yo le daría vueltas al asunto... Soy el técnico en electrónica... Y en el portafolios estaba el nombre del sabio Julius Horowitz.

—¿Quién es Horowitz? —gritó Rex.

Pero era inútil porque Pepe acababa de expirar. Rex salió de la casa lleno de furia.

Atravesó el camino y echó una ojeada a los dos muertos.

Registró sus bolsillos y sólo halló munición para sus armas. No llevaban ni dinero. Sólo uno de ellos portaba las llaves del coche.

Rex las tomó y salió a la carretera principal.

Halló el vehículo. Un “Alfa Romeo” muy nuevo que debía ser alquilado a juzgar por la placa que figuraba en el salpicadero.

Pensó en llevar el vehículo a la agencia de alquiler de automóviles.

Pero tal vez estaba registrado con falso nombre y nada conseguiría con aquella gestión. Conque, después de regresar al centro de la ciudad, abandonó el automóvil en una esquina y echó a andar por la acera.

Atravesó la calle Principal esquivando el tráfico y de repente, una voz femenina dijo:

—¿Taxi, señor? Rex dio la vuelta.

—¡Leonor!

Ella le dirigió una mirada enfurecida desde el interior del taxi.

—Menos sorpresa y paga lo que me debes.

—Lo voy a hacer.

—¿No me engañas?

—Jamás engaño a una dama

—Me has dejado esperando varias veces y la cuenta sube lo suyo.

—¿Cuánto es en dólares?

La muchacha miró al techo haciendo sus cálculos y finalmente dijo:

—Cincuenta y dos dólares y medio. Rex entregó el dinero.

—Ya estamos en paz.

Leonor sonreía de buena gana.

—¿Te llevo a algún lado?

—Creo que iremos a casa de Elmer Fallon.

—¿Otra vez? —Ella bajó el interruptor del taxi—, ¿Es cierto que estáis trabajando allí?

—Por lo menos estamos hospedados en los servicios de la portería. Jerry se halla allí echando un sueñecito en la casa del chófer.

—Supongo que en la clínica no diría que le habían pegado un balazo.

—No somos bobos, cariño. La herida se la hizo en la manija del coche. De otro modo habrían llamado a la policía.

—Bien dicho. Creo que deben estar buscando a los que salieron con vida de la matanza de cuatro personas.

—Si tú supieras...

Ella lo miró a través del retrovisor.

—¿Me ocultas algo más?

—Un montón de cosas. Ella gimió.

—Por favor, Rex. No me hagas cómplice de nada. Perdería la licencia del taxi y mi tío se moriría del hígado.

—Tampoco me engañes con tu tío. No tienes tíos. Ella enrojeció.

—Bueno, tengo uno en el Norte con cirrosis. Hay parte de verdad. Lo digo como costumbre a los turistas. Siempre aflojan un poco de dinero en la propina.

—Ahora ya está todo claro entre nosotros, Leonor.

—Me parece que hay temas que tratar. Por ejemplo, cómo os visteis envueltos en aquel tiroteo. Pero mejor será que no me lo cuentes. Confío en que eres un buen tipo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu cara. ¿No comprendes que manejando un taxi se llega a conocer a la gente mejor que un psicólogo?

—Eso es cierto. Debes conocer a muchos. A propósito, apuesto a que no sabes nada de un tal Julius Horowitz.

—¿El científico que está muriéndose en la Clínica Mirasol? Rex pegó un brinco en el asiento.

—¿Otra vez la Mirasol? ¿Y Horowitz está allí?

—¿Qué te sorprende, Rex? Lo tratan de una grave enfermedad cardíaca, sin esperanzas. Ya lleva allí algún tiempo.

—Sigue hablando.

—Casi todo lo sé por nuestra prensa local. El sabio vino a esta ciudad como último recurso. Pero se ve que se les va de las manos.

—¿Qué clase de científico es?

—Un tipo de esos raros afincados en la Academia Planck de Francia. Descubrió no sé qué tipo de aleación especial. Y se trajo consigo las fórmulas.

—Infiernos.

—¿Por qué te quedas con la boca abierta?

—¿Quién tiene las fórmulas?

Leonor era un pozo de sabiduría porque replicó sin titubear: —Se hallan en la cámara acorazada del Banco Internacional de Oriente. Por cierto, que las autoridades dicen que en caso de fallecimiento entregarán los documentos a las Naciones Unidas como elemento de

seguridad.

Rex sacudió la cabeza como si tratara de encajar las piezas sueltas que le bailoteaban adentro.

—¿Qué opinas de Felipe Gasedo y Bruno Da Silva?

—¿El alcalde y el médico de Mirasol?

—Si.

—¿Por qué lo preguntas?

—Quedamos en que tú sabes detectar por el rostro quién es un buen tipo y quién es un hijo de perra.

Leonor conducía en silencio ahora un poco tensa. Parecía que su cerebro trabajaba a todo vapor.

—Que el Cielo me confunda si me equivoco. Pero tengo una opinión muy negativa de ellos.

Rex se humedeció los labios.

—¿Quieres decir que son dos hijos de perra?

—Has dado en el clavo, Rex.

CAPÍTULO 9

—Ustedes son dos hijos de perra —dijo Murray, el hombre de cabellos de color de arena.

Da Silva y Gasedo encajaron el insulto con los rostros impertérritos.

—Entre mis agentes especiales tengo reclutados a bastardos de primera clase. A gente que no duda en disparar sin pestañear. Tipos sin palabra y sin honor. Pero ustedes dos se llevan la medalla de oro.

El grueso alcalde tosió repetidas veces antes de contestar al agente extranjero.

—Señor Murray, nosotros somos dos simples hombres de negocios.

—Quedamos en tres millones.

—Ahora son cinco.

—¿Por qué?

El alcalde seguía tosiendo.

—Hemos recapacitado y podríamos vender los vídeos del profesor Horowitz a precios más altos que el que quedamos en principio. Pero como usted llegó primero, usted se quedará con las fórmulas, planos y demás, registrados en las cintas de vídeo. Además, el doctor Da Silva y yo hemos trabajado mucho en el asunto. Hemos procurado montar un buen plan. Un plan genial que, si algún día se sabe, la gente nos aplaudirá más por listos que por codiciosos.

Murray se acarició los cabellos color arena.

—Daré cuatro y se acabó.

El alcalde Gasedo carraspeó una vez más.

—Serán cinco, Murray. Y tome los vídeos antes que tengamos la ocurrencia de subir el precio.

—Tengo una idea, señores.

—¿Sí, Murray?

Este extrajo un arma de grandes dimensiones.

—¿Qué les parece si me acompañan a punta de pistola a su caja fuerte y les saco el portafolios con los vídeos?

Gasedo ni se inmutó. Más bien dibujó una amplia sonrisa en sus gordos labios.

—Ande, doctor. Explíquesele usted que es el científico. Da Silva suspiró profundamente y se arrellanó en el sillón.

Evidentemente, ni a él ni a su socio el alcalde Gasedo parecía importarles un pimiento la impresionante arma.

Da Silva se aclaró la garganta.

—Usted se llevaría los “videocassettes” y las fórmulas. Pero no viviría para contarlos.

—¿Por qué?

—¿Recuerda el whisky que le servimos antes de que usted entrara en el Banco? Murray entrecerró los ojos.

—¿Qué hay con eso?

—Ese whisky contenía una poderosa droga de efectos retardados. Un veneno. Murray se llevó instintivamente la mano libre al estómago.

—Está mintiendo, doctor.

—No, amigo.

—Es sólo un farol. Da Silva denegó.

—Es la pura verdad. La droga lo matará a usted si no le administro el adecuado contraveneno.

—¡Malditos! ¿Serán capaces?

—No se excite, Murray. Usted recibirá el antídoto. No va a morir.

—¡No es posible!

—Calma, Murray. Le llamamos “Veneno Luminoso”. Pero tiene muchas horas para recuperarse.

—No, cielo santo...

—No le ocurrirá nada, agente. Murray comenzó a sudar.

—¿Por qué? —gritó.

—Teníamos que cubrimos las espaldas.

—Explíquese.

—Usted posee agentes a sus órdenes. Y ya lo dijo anteriormente. Son gentuza sin palabra y sin honor. No queríamos exponernos a que nos la jugaran. Ustedes tienen la fuerza. Conque nosotros, que sólo somos un par de simples hombres de negocios que no tocamos las armas, hemos tomado las debidas precauciones. Usted lleva el “Veneno Luminoso” en el cuerpo, pero cuando yo le recete el antídoto se quedará como nuevo.

—¿Y si los mato y busco el contraveneno en otra parte? Da Silva rió con ganas.

—El veneno es marca de la casa Mirasol. Nadie sabe de qué está compuesto, excepto yo. Y tampoco nadie sabe el remedio. De modo que está a nuestra merced.

—Hijos de perra...

—Pero si no quiere tratar de negocios con nosotros, le damos el contraveneno gratis, se larga con sus hombres y luego, vendemos las fórmulas a otro país que está muy interesado. No queremos matarlo, señor Murray.

El agente extranjero se dio por vencido porque abatió la pistola primero, y después, la guardó lentamente.

—De acuerdo. Tendrán los cinco millones.

—Serán en efectivo.

—Tengo el dinero preparado en una maleta.

—Traiga la “pasta”. ¿No la llama así la gentuza de la calle? Tráigala y aquí le daremos el portavídeos y el contraveneno. Y ahora, perdónenos porque tenemos que hacer un trabajito adicional.

—También lo tengo yo —dijo Murray, más calmado, aunque no dejaba de palparse el estómago.

—Sí, Murray. Debe localizar a los papanatas que entraron en el banco y que sus hombres les den la ración de plomo.

—Pepe Carpano ya está listo. Lo malo es que mis dos hombres que destiné al efecto también han sido abatidos.

—¿Los mató Carpano a su vez?

Murray se dejó de acariciar el vientre.

—Los liquidó Rex Carter.

—¡Rex Carter! —exclamaron el alcalde y el doctor a coro.

—Sí, caballeros.

—Debió empezar por ese tipo y su socio antes que con los demás.

—Temía que Carpano hubiese visto los vídeos en la cámara del banco. Era un especialista en mecánica y electrónica. Y el portavídeo lleva el nombre del profesor Horowitz. Conque era el que corría más prisa no fuera a irse de la lengua.

—Estoy seguro de que en estos momentos Rex Carter ya sabe algo de este tinglado. Conque mátelo inmediatamente.

—Lo haremos. Tengo hombres de sobra.

—Pues cada cual a su muerto —dijo Da Silva, sonriente. El alcalde Gasedo también sonrió.

—Sí, nosotros vamos a hacerle una visita al científico profesor Horowitz que se halla en la sala de Cuidados Intensivos.

—Ya es hora de que muera — puntualizó Da Silva. Y los tres hombres salieron de la sala.

El alcalde quedó cejijunto y dijo para sí:

“¿Podríamos ser unos hijos de perra?”

Rex se paseó impaciente por delante de Elmer Fallon. —¿Y por qué no me enteré antes de que Horowitz se hallaba en ese hospital?

—Usted no lo preguntó, Carter.

—¿Cómo podía adivinar algo tan importante?

—¿Por qué cree que lo es? Rex se detuvo a medio recinto.

—Ocurrió un caso parecido en Los Angeles, California, a mediados de los ochenta.

—¿El qué?

—Un científico había inventado algo de importancia fundamental. Murió y sus papeles fueron puestos a la venta por una organización de espías. Lo hicieron justo cuando el sabio ya no podía reproducir los

informes por estar muerto.

—Pero Horowitz está vivo aún.

—Lo dudo.

Fallon apretó los labios.

—Le apuesto cien dólares a que está vivo. Ayer mismo me lo dijeron en la clínica.

—Pues ya debe estar en el reino de los espíritus.

—Ahora lo comprobaré. —Fallon observó de hito en hito al joven aventurero—. Haré una llamada a Mirasol.

—Buena idea, señor Fallon. Hágalo en su nombre. A mí no me contestarían. Elmer Fallon tomó el teléfono y discó el número de la Clínica Mirasol.

Esperó, se pusieron al habla y, después de una breve consulta, empalideció.

—¡Cielo Santo! ¡Usted tenía razón! ¡Horowitz acaba de morir!

—¿Qué le decía? Se lo han cargado en la clínica.

—No puede ser... Dios mío, es imposible.

—Pues ha sido.

Fallon se sujetó la cabeza.

—Pero, ¿por qué? No entiendo nada.

Rex paseó de un lado a otro de la estancia.

—Con la muerte de Horowitz, el caso está más claro que el agua.

—¿De veras?

—Horowitz ha sido asesinado esta mañana.

—Pero eso es fantástico, Carter.

—Tiene su lógica si se atan todos los cabos. Y los tengo bien atados.

—Explíquemelo, Carter. Rex se pellizcó el mentón.

—Tengo todo el caso bien claro. Horowitz debió sentirse tan mal que acudió a esta ciudad para ingresar en la mejor clínica.

—Siga.

—Pero se trajo consigo importantes documentos. Se hallaban en una valija, un portafolios, que Pepe Carpano vio en el interior de la cámara del banco.

—¿Qué hacían allí los presuntos documentos, Carter?

—Era lógico que el sabio los pusiera a buen recaudo en la cámara del Banco Internacional de Oriente. Sin duda habría dado las oportunas instrucciones en caso de que muriera.

—¿Y bien?

—Los tipos de la clínica idearon un plan para apoderarse de los documentos.

—Eso es fantástico.

—Más fantástico le va a parecer cuando le diga cómo lo llevaron a cabo.

—¿Cómo?

—Se valieron de usted, señor Fallon.

—¿De mí?

—Como usted es un vidente de fama internacional y había coincidido con el sabio Horowitz en la clínica, pusieron en marcha un plan que parece de ciencia ficción, pero no lo es.

Fallon sacudía la cabeza como mareado.

—¿De qué plan habla, muchacho?

—Lo utilizaron a usted.

—¿A mí? Ya lo ha dicho antes, pero, ¿cómo?

Rex atrapó un libro que se hallaba sobre una mesa ratona.

—He hallado la clave del asunto al leer esta obra de su biblioteca, señor Fallon. Se titula Narcohipnosis. He tenido que aprenderme el volumen de memoria, pero no ha sido en balde.

—Explíquese, por todos los santos, Carter. Rex asintió respirando con fuerza.

—Usted recibe un tratamiento contra la artrosis en la clínica.

—Sí.

—Pero cuando le aplican el tratamiento, usted es narcotizado con drogas especiales.

—Cielos...

—Una vez bajo los efectos de la droga, a usted se le dictan instrucciones.

—Y ¿a qué lleva eso?

—Usted repite esas instrucciones creyendo que es un mensaje recibido del Más Allá. Pero en realidad lo que ocurre con usted es que se limita a repetir el programa que le han inculcado cuando está inconsciente con la droga.

—Quiere decir que no recibo mensajes de la viuda Mendoza, sino mensajes que me inculcan en la clínica.

—Este libro dice que puede ser eficaz en individuos dedicados a actividades paranormales. Usted recita los mensajes de la clínica como si fuera una grabadora reproduciendo la cinta.

—Pero hace falta más consistencia en su teoría, señor Carter. Es sólo una suposición...

—Que me lleva a la verdad. Sobre todo, después de hablar con la enfermera jefe de la clínica. Recuerde que mantuve una breve conversación con ella para protestar por los honorarios que querían cobrarle a Jerry por un simple rasguño.

—¿Y bien?

Rex apuntó con un dedo a la gruesa cabeza de Fallon.

—La voz que sale de su cerebro, señor Fallon, es la misma que la de la muchacha encargada del registro de la Clínica. La han escogido a ella para que le dicte los mensajes cuando usted se halla bajo efectos hipnóticos causados por el fármaco.

—¿Cómo puede probarlo?

—Insisto en que usted es como una grabadora. Repite la misma voz que escucha cuando se halla dormido en la clínica. La voz de aquella muchacha y la voz que usted emite como si fuera la viuda Mendoza son las mismas. Se puede probar con las grabaciones que tenemos. Coinciden en todo con la entonación, las pausas y el acento de aquella mujer.

—De modo que usted insiste en que lo que yo creo que es la voz de la señora Mendoza, no es más que la voz de la enfermera de la clínica. ¿Es eso?

—Nunca olvido una voz, señor Fallon. Y cuando escuché hablar a la muñeca rubia de la recepción, estuve a punto de dar un brinco porque es la misma voz de la supuesta viuda Mendoza.

—Cielos, es fantástico.

—Pero posible. Puede leerlo en ese libraco que me ha vuelto la cabeza del revés con tanta información técnica.

Fallon asintió.

—De acuerdo. Ya tenemos la clave de mis supuestas informaciones desde el Más Allá.

Ahora dígame cómo encaja el científico Horowitz en todo el asunto.

—Muy fácil. Una vez le inculcaron a usted la idea de que era la viuda Mendoza la que hablaba desde el otro mundo, montaron las instrucciones para que se llevara a cabo el robo del banco. Sabían que usted conocía la historia y quedaría emocionado. Por el espíritu justiciero que usted y yo tenemos. Y el que tenía Pepe Carpano y los demás aventureros. Entonces caímos todos en la trampa y llevamos a cabo el robo. ¿Y qué hallamos?

—Nada.

—Efectivamente, señor Fallon. No hallamos ni un dólar. Todo era una mentira. Lo único que querían los cabecillas de esta farsa es que delincuentes bien adiestrados abrieran el banco. Y lo consiguieron. Pero como no vimos ni un centavo nos retiramos vencidos.

—¿Supone que el jefe de este diabólico plan entró después de ustedes en el banco?

—Apuesto a que lo hizo por el mismo agujero que abrimos. Entró tranquilamente y se apoderó del portafolios de Horowitz.

—Rayos divinos...

—Pepe Carpano echó una ojeada al portafolios de Horowitz porque allí estaba grabado el nombre del sabio en la tarjeta de identificación, pero se abstuvo de tocar aquello porque lo consideró sin valor. Prácticamente, nada de la cámara tenía valor para nosotros. Pero sí lo tenía para los granujas que entraron luego a por los documentos de Horowitz. Era su objetivo principal.

—Jamás he oído una historia igual.

—El mundo de la delincuencia es cada vez más sofisticado, señor Fallon. Y usted les vino como anillo al dedo para llevar adelante el plan y ellos permanecer en la sombra. A estas horas ya tienen los documentos en sus manos. Por eso le han dado el pasaporte al científico. Para que no pueda volver a reproducirlos.

—¡Pero eso convierte al director de la clínica en un asesino!

—Tengo sospechas de que es un hijo de perra.

Fallon se sujetaba la cabeza con las manos, apabullado.

—Por todos los dioses, ¿qué podemos hacer?

—Desenmascarar a esa gentuza.

—¿Cómo?

—Usted y yo vamos a ir a la clínica. Fallon se humedeció los labios.

—Precisamente tengo cita para esta mañana.

—Pues iremos todos.

—¿Todos?

—Necesitamos personal por si se arma una buena.

—No entiendo.

—Sin duda tratarán de vender los documentos a algún país interesado. Y será por varios millones de dólares.

—¡Un asunto de espionaje mezclado con videntes y médicos!

—En la actualidad las cosas se hacen de modo más fino que antiguamente. Se lo repito. De modo más sofisticado.

—¿Quiénes acudiremos a la clínica?

—Por supuesto, usted, Jerry y yo.

—También puede venir Telma, mi sobrina.

—Corre peligro y no quisiera que le pasara nada malo en este mundo, por una simple razón.

Fallon pestañeó confuso.

—¿A qué se refiere?

—La quiero.

—¿Usted quiere a mi sobrina?

—No es nada extraño. Ella es una mujer y yo soy un hombre.

—¿Qué dice ella?

—Está encantada.

—Sí, tío —dijo Telma entrando sin llamar a la puerta del despacho—. Rex y yo nos queremos.

Fallon estalló en una carcajada nerviosa.

—Demonios, de lo que se entera uno. Rex Carter suspiró sonriente.

Dijo:

—Es que usted vive demasiado en el más allá... tío.

CAPÍTULO 10.

El viaje hacia la Clínica Mirasol lo hicieron en el taxi de Leonor. Lo ocupaban Rex, Jerry, Fallon y Telma.

El vidente Fallon traspasó al joven Rex un arma tremenda por sus dimensiones.

—Toma, muchacho. No quiero que vayas descalzo. Rex emitió un respingo.

—¡Una Steyr GB de dieciocho cartuchos 9 milímetros “Parabellum”! ¿Espera usted que tengamos una batalla campal, señor Fallon?

—No dispongo de otra arma, Rex. La compré no para matar a nadie, sino para armar ruido en caso de ser atacado.

Rex se enfundó el pistolón en un costado del cinturón.

La taxista Leonor parecía nerviosa por lo que prometía ser un suceso fuera de lo normal en la Clínica Mirasol.

—¿Debo llamar a la policía, señores?

—Todavía no, cielo — dijo Rex. Telma intervino furiosa:

—Quedamos en que desde ahora el único “cielo” para ti sería yo. Y paga la carrera en dinero, no en besos.

Leonor se echó a reír.

—Un beso no tiene importancia, Telma.

—Para mí, sí. Soy muy celosa.

—No debes tener celos de mí, Telma. Voy a casarme con mi primo Nicolás.

—¿Hijo de su tío enfermo del hígado? —dijo Telma con mucha suspicacia —Aunque no lo creas tengo un tío con cirrosis. Y su hijo es mi primo Nicolás. Estamos enamorados y trabajamos en sendos taxis.

Telma esbozó una sonrisa de alivio.

—Gracias, guapa.

—El señor Carter nunca me interesó un pepino. Pero es simpático.

—A mí me interesa mucho — recalcó Telma.

—Bueno, ya llegamos a la clínica.

El vehículo se detuvo en los aparcamientos.

El grupo penetró en el sanatorio y se dirigió hacia la recepción, excepto Leonor que esperó al volante.

La rubia enfermera sonrió con todos sus dientes.

—Buenos días, señor Fallon. ¿Está dispuesto?

—Sí.

—¿Qué desea usted? —dijo la enfermera mirando a Rex Carter.
—Mi socio viene a que le saquen los puntos.
—Tal vez la herida no se halle en condiciones.
—Veamos —Rex tiró del esparadrapo del viejo, quien emitió un chillido al arrancar los pelos.

La enfermera sonrió.

—Tiene usted métodos muy expeditivos, señor Carter. Que curen al señor Flaps en ese departamento.

Rex se volvió hacia Fallon.

—¿Reconoce esa voz? —dijo por lo bajo. Fallon se veía perplejo.

—Casi me parece mentira. Es idéntica a la que yo reproduje en la grabadora. La señorita rubia volvió sin perder la sonrisa.

Era la misma voz de la viuda Mendoza.

—Usted, señor Fallon, pase al lugar de siempre, donde será atendido. Telma y Elmer Fallon se dirigieron a la escalera del fondo.

Jerry fue curado por un doctor joven.

Luego, Jerry y Rex se dirigieron sin titubear hacia la escalera.

La enfermera quiso llamarles la atención, pero Rex la atrapó por un brazo, salló al otro lado del mostrador y la llevó casi en vilo hacia un cuarto.

—¿Qué está haciendo, señor Carter? ¡Voy a gritar!

—Y yo le retorceré el pescuezo.

—No lo haga...

—Pues suba y dicte un mensaje a Fallon. Me refiero a los mensajes con su linda voz.

—¿Qué es lo que dice, señor Carter? ¿Se ha vuelto loco?

—Usted y yo vamos a hablar.

—¿Acerca de qué?

—De los mensajes que le dictaba a Elmer Fallon cuando estaba bajo hipnosis por las drogas.

—Está chiflado. Lo veo.

—No se haga la tonta. ¿Cómo se llama?

—Betsy Milton.

—Bien, Betsy. En esos momentos Fallon ya deberá estar en manos del doctor. No tardarán en llamarla. Cuando suba quiero que siga la comedia o se acordará de mí.

—No me amenace. No haré nada.

—Muy bien. Pues irá al canasto hasta que llegue la policía

—¿Policía?

—Está metida en un feo asunto y usted lo sabe.

—No sé de qué me habla.

—De los mensajes que le dictaba a Fallon cuando se hallaba durmiendo arriba. Betsy entreabrió la boca.

—¡El doctor Murray! ¡Me dijo que sólo era un experimento!

—¿Dictarle a Fallon un robo al banco?

—Era un test de prueba. Soy inocente.

Rex la vio protestar en un tono tan sincero que finalmente la dejó en libertad.

—Ahora cierre la linda boca y dígame en que sección se halla Fallon. Y si la llaman para dictarle un mensaje bajo hipnosis lo hace sin contarles nada de lo que acabamos de hablar.

Ella se humedeció los labios y asintió con vehementes cabezadas. Le informó de la sección.

No tardaron en pulsar un timbre y se escuchó al propio doctor Da Silva que ordenaba:

—Suba, Betsy. Hemos de poner punto final al experimento.

—Sí, doctor —dijo Betsy, mirando de soslayo a Rex. Luego salió del mostrador y fue hacia el elevador.

Rex permaneció un minuto en pie y luego se dirigió a las escaleras.

Cuando llegó a la sección donde daban los tratamientos a Elmer Fallon se detuvo ante la puerta y escuchó.

La voz de la enfermera rubia resonaba monótona, pero armoniosa. Indudablemente se dedicaba a leer un texto del doctor: —“Soy la viuda Mendoza que habla desde el Más Allá... Elmer Fallon... Olvídate para siempre del asalto al banco...”

En aquel instante, Rex forzó la puerta y entró en la sala. Da Silva lanzó una exclamación:

—¿Qué hace usted aquí?

—Observar el tratamiento que le dan al señor Fallon. Recuerde que es mi jefe y tengo que protegerlo.

—Pues pase al salón de al lado donde se halla Telma, la secretaria.

—No.

—El señor Fallon acaba de recibir una píldora para el sueño y está inconsciente. Fallon abrió los ojos de pronto.

—Esta vez estoy despierto, doctor.

—¡Fallon!

—Y no me volverá a engañar más. Como ya estoy al corriente de sus trucos escupí la píldora en un descuido. De modo que usted hacía que me grabaran los mensajes de la Mendoza, bajo hipnosis, ¿eh?

—Todos ustedes se han vuelto locos —protestó Da Silva.

—Yo los pondré buenos —dijo un enfermero con un arma en la mano que había extraído de debajo del uniforme.

Rex masculló un denuesto porque lo habían pillado desprevenido.

Si sacaba el arma que le entregó Fallon, aquel tipo dispararía y alguien saldría herido en el estrecho recinto.

Da Silva suspiró.

—Bien, señores. Pasen a la sección de sauna. Tiene los tabiques y la puerta muy gruesos. No escaparán.

—Telma ya está allí —dijo el enfermero, el dedo sobre el gatillo—. Conque no estarán solos.

Rex y Fallon avanzaron siempre bajo la amenaza del arma. Fueron encerrados en un cuarto lleno de vapor.

Telma ya estaba allí y se veía aterrorizada.

Se abrazó a Rex y así permanecieron junto con el vidente. Da Silva cerró por afuera y dijo al enfermero:

—Suelta todo el vapor, que los quiero bien cocidos.

—Sí, jefe. Van a quedar como los cangrejos hervidos.

Momentos después, Da Silva, el alcalde Gasedo y Murray, el hombre de los cabellos de arena, se entrevistaron en el despacho del director.

Murray tenía a sus espaldas a dos gorilas con las manos en los bolsillos.

—Bueno, señores. Aquí están los cinco millones. Da Silva tuvo un brillo de codicia en los ojos.

—Al fin se resolvió todo. Pero he tenido que matar al mismo Fallon, a Rex Carter y a la secretaria. Sólo queda el viejo que está en la sala de curas y también lo capturaremos.

—Al diablo con sus detalles, Da Silva. Deme el portavídeos de una vez. Está esperando un avión para llevarlos muy lejos.

—Ahora mismo se lo entrego.

—Y también la píldora antídoto.

Da Silva dio un comprimido al agente internacional quien la tragó ayudado por el contenido de un vaso de soda que le sirvió uno de sus guardaespaldas.

El alcalde Gasedo ya tenía el maletín entre sus manos y contaba a paquetes el dinero del interior.

Mientras, Da Silva acudía a la caja fuerte y sacaba el portavídeos, con un gesto de satisfacción.

—Aquí tiene, Murray. El negocio quedó cerrado.

—Un poco caro.

—¿Le parece caro? Ya teníamos otra oferta que nos habría proporcionado unos cientos de miles de dólares más. Pero somos hombres de palabra. Usted se lleva los vídeos grabados por un ordenador. También tengo uno y he querido echar un vistazo... Sólo he hallado fórmulas y más fórmulas en la pantalla del ordenador. Pero comprendo lo que significa el contenido para aquella nación que posea el secreto. Se trata de la aleación especial que servirá para revestir misiles, satélites de guerra e incluso aviones. Con este método del profesor Horowitz, ya difunto, el país que posea el secreto dispondrá de un material de guerra que será invisible para los radares. No podrán ser detectados, gracias al revestimiento de los aparatos.

—Sé mejor que usted lo que contiene el vídeo. Conque de nada servirá que haga su propaganda porque no daremos ni un sólo dólar

más.

El alcalde intervino con una mueca:

—A mí, cinco millones me parecen una miseria,

—Teniendo en cuenta que hemos abreviado la vida del científico Horowitz que vino a curarse a la clínica, eso será para mí un descrédito porque prometí que lo curaría. Pero, en fin, Gasedo, atrapemos los cinco millones y no se hable más.

Murray y los guardaespaldas se dieron la vuelta para salir.

—Hasta nunca —dijo el hombre de los cabellos de arena.

Cuando abrieron la puerta del despacho, pareció entrar un huracán. Primero iba Jerry Flaps en cabeza, luego Rex, y detrás, Telma y el vidente. Da Silva y el alcalde retrocedieron de espanto.

No así Murray y sus hombres.

Los agentes de Murray sacaron las armas en un abrir y cerrar de ojos. Pero Rex portaba la Steyr GB e hizo fuego.

Los dos guardaespaldas de Murray se vinieron abajo.

Gasedo gritó:

—¡Espere, Carter! ¡No haga fuego! ¡Podemos hacer un trato!

—No hay trato.

—Pero, muchacho. Usted podía ganarse cien mil dólares para usted solito. Y puede repartirlos con el viejo socio.

—No.

—En cuanto al vidente y a la secretaria, los devolveremos al cuarto de vapor y los cocemos vivos.

—Usted es un hijo de perra, alcalde. El doctor Da Silva intervino:

—Pero es muy razonable. Yo mismo tengo que pagar gastos de personal. Sólo la señorita rubia que atiende el mostrador y graba los mensajes en la mente de Fallon ya me cuesta cuarenta mil dólares al año. Aparte tengo otros muchos gastos...

—Cierre el pico, doctor. Les entregaré a todos a las autoridades. Gracias a que pudimos salir de la cámara de vapor disparando al cerrojo.

—Por favor, Carter. Sea razonable. Gánese cien mil dólares en un momento.

—Ni lo piense.

Da Silva metió la mano en el cajón del escritorio mientras hablaba. De repente extrajo un revólver y comenzó a hacer fuego.

Las balas pespuntearon a Rex, quien se lanzó al suelo porque no sólo tenía que esquivar los proyectiles del doctor.

También el hombre de los cabellos de color de arena empuñaba una pistola y gatillaba una y otra vez.

Todos se echaron al suelo.

Rex envió su proyectil certero a Murray, el hombre de cabellos de arena, y lo enganchó por el cuello.

Murray murió degollado.

Jerry desarmó al alcalde con un golpe de kárate y lo remitió de una patada a un rincón, donde quedó resoplando como una ballena varada en la playa.

La pistola de Rex ladró un par de veces y ahora fue el doctor quien recibió los impactos en el pecho.

Soltó el arma y con las manos sobre el tórax, apretó un timbre y gritó:

—¡Llévenme a Cuidados Intensivos! ¡Que me saquen estas dos balas! ¡Me estoy desangrando!

Atravesó la habitación como un cohete y salió al corredor.

Como le faltaba el raciocinio, en vez de acudir hacia el lugar adecuado se precipitó sobre la barandilla y la rebasó.

Se fue a la planta baja y expiró dando brincos en la alfombra. El alcalde Gasedo temblaba como un azogado y gritó: —¡No me maten a mí!

Rex se incorporó para cerciorarse de que Telma y el vidente estaban ilesos. Saltó por encima de los muertos y atrapó al grueso alcalde por la pechera.

—Lo necesitamos vivo para que haga una declaración en regla.

—Espere, Carter. Todavía podíamos hacer un arreglo usted y yo. Los cinco millones son nuestros.

—Déjese de más tratos o le sacudo con la pistola.

El alcalde compuso una mueca de amargura y gimió vencido:

—Ya no quedan hombres de negocios en este mundo, infiernos. La policía penetró como un huracán en el despacho.

Sin duda los había alertado Leonor, la chica del taxi, al escuchar los estampidos. El que iba en cabeza se dio a conocer como el inspector Puertas.

Esposó al alcalde y lo entregó a sus hombres. Luego, se encaró con Rex Carter y murmuró:

—Tendrá que contarme usted muchas cosas, Carter.

—Soltaré la lengua con una condición.

—No acepto condiciones. Pero hable.

Rex atrapó el portavídeos y lo entregó al inspector.

—Quiero que el contenido de este portafolios sea entregado a un representante de las Naciones Unidas que se halla en la ciudad. Es un invento que no debe caer en manos de una sola nación, porque se convertiría en el país más poderoso del mundo. Conque si el invento se hace público en las Naciones Unidas no será un privilegio para nadie. Y todos estaremos protegidos de cualquier catástrofe que se lleve al diablo a la humanidad.

—Será entregado al representante de la ONU —prometió el inspector Puertas.

Los cinco millones de dólares también fueron objeto de negociación. Como no tenían dueño, las autoridades llegaron con Rex al acuerdo de indemnizar convenientemente a los herederos de la viuda Mendoza por el expolio sufrido. El resto fue destinado a obras de caridad.

Excepto un tanto por ciento que cobró Rex por su trabajo y que repartió con los delincuentes internacionales que habían quedado con vida: Tino Leopardi y Marcel Renoir.

Cuando subieron al avión, Telma y Rex quedaron muy juntos en asientos contiguos. Jerry viajaba como un rey, con la azafata cerca de él que lo mimaba como a un niño. Elmer Fallon tenía los ojos cerrados y parecía haber caído en uno de sus trances.

Aprovechando la espera de la salida, Rex y Telma se dedicaron a unir sus labios en una serie de besos.

Cuando Rex pudo respirar dijo:

—Desde hoy, que tu tío se busque otra secretaria para sus sesiones espiritistas, ¿eh, Telma?

—Sí, cariño. También quiero yo volver del Más Allá.

F I N

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROSTAR DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

**EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARSHALL, RENOMBRADO
BIÓLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.**



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marshall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marshall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones

de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento



Al terminar el primer mes



Finalizado el tratamiento



"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar con rico masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marshall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimu-

la activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander (Españal)

Nombre

Apellidos

Calle N.º Piso

Población D. Postal

Provincia

PUNTO

**PUNTO
ROJO**

intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025203

71119



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España